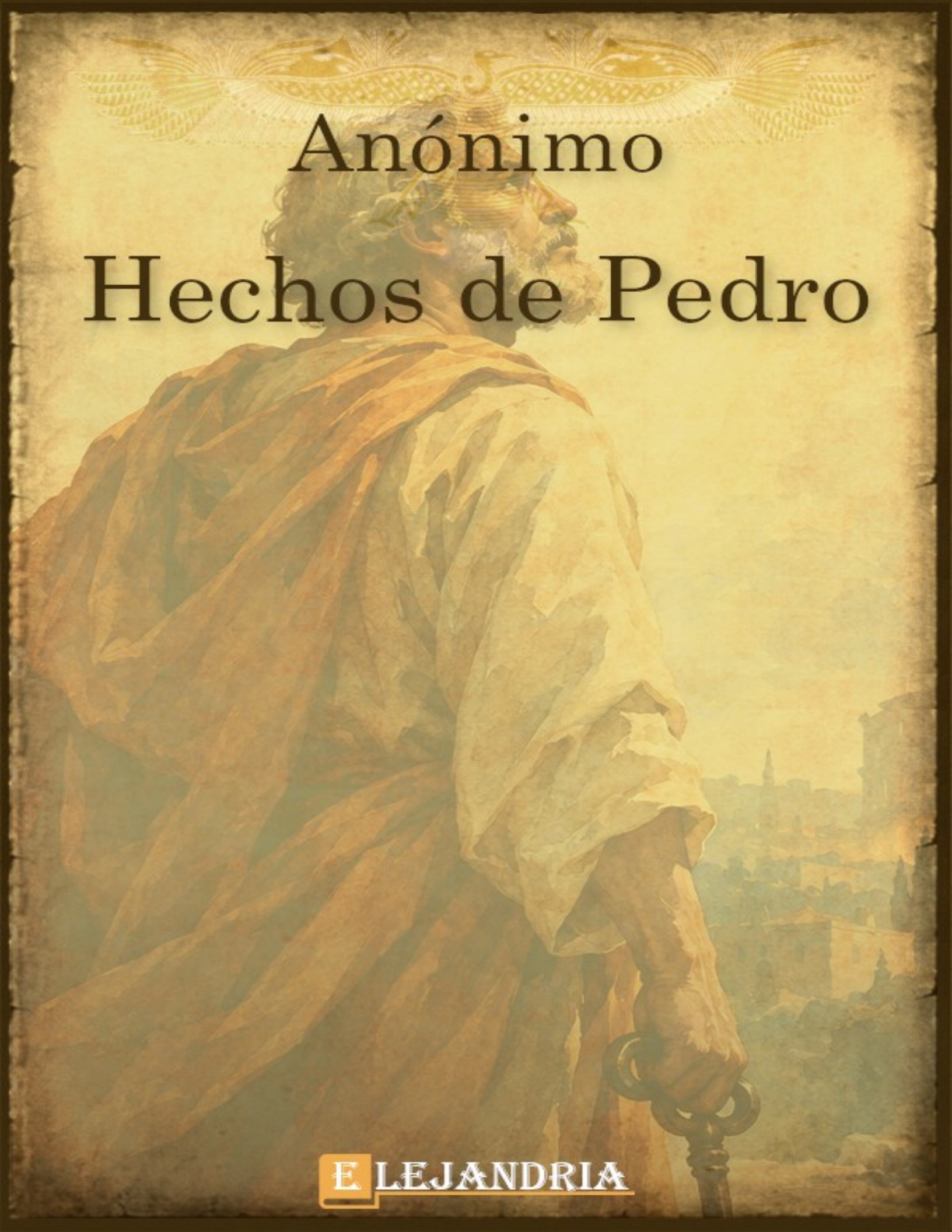




Anónimo

Hechos de Pedro

Anónimo
Hechos de Pedro

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

HECHOS DE PEDRO

ANÓNIMO

PUBLICADO: SIGLO II
FUENTE: ARCHIVE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

PARTE I. EL HECHO DE PEDRO (FRAGMENTO COPTO)

En el primer día de la semana, esto es, en el día del Señor, se reunió una multitud, y trajeron a Pedro muchos enfermos para que los sanase. Y uno de la multitud se atrevió a decir a Pedro: He aquí, Pedro, que en nuestra presencia has hecho ver a muchos ciegos, y oír a los sordos, y andar a los cojos, y has socorrido a los débiles y les has dado fuerza: mas ¿por qué no has socorrido a tu hija, la virgen, que creció hermosa y ha creído en el nombre de Dios? Porque he aquí que un lado de ella está enteramente paralizado, y yace allí tendida en el rincón, desvalida. Vemos a los que han sido sanados por ti: a tu propia hija la has descuidado.

Mas Pedro sonrió y le dijo: Hijo mío, solo a Dios le es manifiesto por qué su cuerpo no está sano. Sabe, pues, que Dios no es débil ni impotente para conceder su don a mi hija: mas para que tu alma se convenza, y para que los aquí presentes crean más aún —entonces miró a su hija y le dijo: Levántate de tu lugar, sin que nadie te ayude sino solo Jesús, y anda sana delante de todos estos, y ven a mí. Y ella se levantó y vino a él; y la multitud se regocijó por lo que había acontecido. Entonces les dijo Pedro: He aquí que vuestro corazón está convencido de que Dios no carece de poder para todo cuanto le pedimos. Entonces se regocijaron aún más y alabaron a Dios. Y Pedro dijo a su hija: Ve a tu lugar, y acuéstate, y vuelve a tu enfermedad, porque esto conviene a mí y a ti. Y la doncella volvió y

se acostó en su lugar y quedó como antes; y toda la multitud lloró, y rogó a Pedro que la sanase.

Mas Pedro les dijo: Vive el Señor, que esto conviene a ella y a mí. Porque el día en que ella me nació tuve una visión, y el Señor me dijo: Pedro, hoy te ha nacido una gran tentación, porque esta hija dañará a muchas almas si su cuerpo permanece sano. Pero pensé que la visión se burlaba de mí.

Y cuando la doncella tenía diez años, por causa de ella se preparó tropiezo para muchos. Y un hombre sumamente rico, de nombre Tolomeo, habiendo visto a la doncella bañándose con su madre, envió a pedirla por esposa; mas su madre no consintió. Y envió muchas veces a ella, y no podía esperar.

[Aquí se ha perdido un folio: el sentido, sin embargo, no es difícil de suplir. Agustín habla (citando los Hechos apócrifos) de una hija de Pedro herida de parálisis por la oración de su padre.

Tolomeo, no pudiendo ganar a la doncella por buenas maneras, viene y se la lleva. Pedro lo sabe y ruega a Dios que la proteja. Su oración es oída. Ella queda herida de parálisis en un lado del cuerpo. Aquí prosigue el texto.]

Los siervos de Tolomeo trajeron a la doncella y la dejaron tendida ante la puerta de la casa, y se fueron.

Mas cuando yo lo advertí, yo y su madre bajamos y hallamos a la doncella, y todo un lado de su cuerpo, desde los pies hasta la cabeza, estaba paralizado y marchito: y nos la llevamos, alabando al Señor, que había preservado a su sierva de la mancilla y la vergüenza y (¿la corrupción?). Esta es la causa del asunto, por la que la doncella continúa así hasta el día de hoy.

Ahora bien, conviene que sepáis el fin de Tolomeo. Se fue a su casa y se afligió noche y día por lo que le había acontecido, y a causa de las muchas lágrimas que derramó, quedó ciego. Y cuando había resuelto levantarse y ahorcarse, he aquí que, hacia la hora nona del día, vio una gran luz que iluminó toda la casa, y oyó una voz que le decía: Tolomeo, Dios no te ha dado los vasos para

corrupción y vergüenza, y menos aún te conviene a ti, que has creído en mí, mancillar a mi virgen, a quien conocerás como hermana tuya, como si yo fuera para vosotros dos un solo espíritu (sic). Mas levántate y ve deprisa a la casa del apóstol Pedro, y verás mi gloria; él te dará a conocer lo que debes hacer.

Mas Tolomeo no fue negligente, y mandó a sus siervos que le mostrasen el camino y le trajesen a mí. Y cuando llegaron a mí, me contó todo lo que le había acontecido por el poder de nuestro Señor Jesucristo. Entonces vio con los ojos de la carne, y con los ojos del alma, y mucha gente creyó (esperó) en Cristo: y él les hizo bien y les dio el don de Dios.

Después Tolomeo murió, partiendo de esta vida, y fue a su Señor: y cuando hizo su testamento, legó una parcela de tierra en nombre de mi hija, porque por medio de ella había creído en Dios y había sido sanado. Mas yo, a quien correspondió disponer de ella, lo hice con gran cuidado: vendí la tierra, y solo Dios sabe que ni yo ni mi hija (recibimos el precio). Vendí la tierra y no retuve nada del precio, sino que di todo el dinero a los pobres.

Sabe, pues, tú, siervo de Jesucristo, que Dios dirige (¿?) a los que son suyos, y prepara el bien para cada uno de ellos, aunque pensemos que Dios nos ha olvidado. Por tanto, ahora, hermanos, estemos afligidos y velemos y oremos, y así la bondad de Dios nos mirará, la cual esperamos.

Y todavía otro discurso pronunció Pedro ante todos ellos, y glorificó el nombre de Cristo el Señor, y les dio a todos del pan: y cuando lo hubo repartido, se levantó y se fue a su casa.

La escena de este episodio es probablemente Jerusalén. Su asunto fue empleado con frecuencia por escritores posteriores, en especial, quizá, por el autor de los tardíos Hechos de los santos Nereo y Aquileo (siglos v o vi), que da a la hija un nombre, Petronila, el cual ha pasado a los calendarios, y que, como Perronelle, Pemel o Parnell, se ha hecho familiar.

Algunos pocos críticos han puesto en duda si esta pieza pertenece realmente a los Hechos de Pedro: pero el peso de la probabilidad y de la opinión está en contra de ellos. Nada puede ser más claro que el hecho de que es un extracto de un libro mayor, y que es antiguo (el manuscrito puede ser del siglo iv). Además, Agustín, al tratar de los Hechos apócrifos, alude a la historia que en él se contiene. ¿Qué otro gran libro de fecha antigua que trate de las obras de Pedro podemos imaginar, sino los Hechos?

LA HIJA DEL JARDINERO

Agustín (Contra Adimanto, xvii. 5), dice a su oponente maniqueo: la historia de que Pedro matara a Ananías y Safira con una palabra es muy neciamente censurada por aquellos que en los Hechos apócrifos leen y admiran tanto el suceso que mencioné acerca del apóstol Tomás (la muerte del copero en el banquete, en sus Hechos), como que la hija del mismo Pedro fue herida de parálisis por la oración de su padre, y que la hija de un jardinero murió por la oración de Pedro. Su respuesta es que convenía a estas que la una quedase impedida por la parálisis y la otra muriese: pero no niegan que sucediera por la oración del apóstol.

Esta alusión a la hija del jardinero siguió siendo un enigma hasta hace poco. Mas un pasaje de la Epístola de Tito (ya citada) nos da a conocer la sustancia de la historia.

Cierto jardinero tenía una hija, virgen, hija única de su padre: rogó a Pedro que orase por ella. A su petición, el apóstol le respondió que el Señor le daría lo que fuese útil para su alma. Al punto la muchacha cayó muerta.

¡Oh ganancia digna y grata a Dios, escapar de la insolencia de la carne y mortificar la jactancia de la sangre! Mas aquel anciano, falto de fe, y sin conocer la grandeza del favor celestial, ignorante del beneficio divino, rogó a Pedro que su hija única fuese resucitada de nuevo. Y cuando fue resucitada, no muchos días después —†como quien dice, al día siguiente†—, el esclavo de un creyente que se

hospedaba en la casa se arrojó sobre ella y deshonoró a la muchacha, y ambos desaparecieron.

Esto fue evidentemente un contraste con la historia de la hija de Pedro, y probablemente la seguía de inmediato en los Hechos. Hay otra sentencia apropiada a la situación, que Dom de Bruyne halló en un manuscrito de Cambrai del siglo xiii —una colección de apotegmas— y publicó junto con los extractos de la Epístola de Tito.

Que a los muertos no se les ha de llorar en exceso: hablando Pedro a uno que se lamentaba sin paciencia por la pérdida de su hija, dijo: De tantos asaltos del diablo, de tantas guerras del cuerpo, de tantos desastres del mundo ha escapado ella, y tú derramas lágrimas como si no supieses lo que en ti mismo padeces (qué bien te ha acontecido).

Esto bien pudiera ser parte del discurso de Pedro al jardinero enlutado.

PARTE II. LOS HECHOS DE VERCELLI

I. En el tiempo en que Pablo moraba en Roma y confirmaba a muchos en la fe, aconteció también que una mujer de nombre Cándida, esposa de Cuarto, que estaba al frente de las cárceles, oyó a Pablo y prestó atención a sus palabras y creyó. Y cuando hubo instruido también a su marido, y este creyó, Cuarto permitió a Pablo irse adonde quisiera, lejos de la ciudad; a quien Pablo dijo: Si es voluntad de Dios, él me lo revelará. Y después de que Pablo hubo ayunado tres días y pedido al Señor lo que le fuese provechoso, vio una visión, y era el Señor que le decía: Levántate, Pablo, y hazte médico en tu propio cuerpo (esto es, yendo él mismo en persona) para los que están en España.

Él, pues, habiendo referido a los hermanos lo que Dios había mandado, sin dudar en nada, se dispuso a partir de la ciudad. Mas cuando Pablo estaba a punto de partir, hubo gran llanto por toda la hermandad, porque pensaban que no volverían a ver a Pablo, de tal modo que incluso rasgaron sus vestidos. Porque tenían también en la memoria cómo Pablo había contendido muchas veces con los doctores de los judíos y los había refutado, diciendo: Cristo, sobre quien vuestros padres pusieron las manos, abolió sus sábados y ayunos y días festivos y la circuncisión, y abolió las doctrinas de los hombres y el resto de las tradiciones. Mas los hermanos rogaron (y conjuraron) a Pablo, por la venida de nuestro Señor Jesucristo, que no estuviese ausente más de un año, diciendo: Sabemos tu amor por tus hermanos; no te olvides de nosotros cuando hayas llegado allí, ni comiences a abandonarnos, como a niños pequeños sin

madre. Y cuando le rogaron largamente con lágrimas, vino un sonido del cielo, y una gran voz que decía: Pablo, siervo de Dios, es elegido para servir todos los días de su vida: por manos de Nerón, hombre impío y malvado, será perfeccionado ante vuestros ojos. Y un temor muy grande cayó sobre los hermanos a causa de la voz que vino del cielo: y fueron confirmados aún más en la fe.

II. Y le trajeron a Pablo pan y agua para el sacrificio, para que hiciese la oración y lo repartiese a cada uno. Entre ellos aconteció que una mujer llamada Rufina deseó, también ella, recibir la eucaristía de manos de Pablo; a quien Pablo, lleno del espíritu de Dios, dijo cuando se acercaba: Rufina, no te acercas dignamente al altar de Dios, levantándote del lado de uno que no es tu marido sino un adúltero, y pretendes recibir la eucaristía de Dios. Porque he aquí que Satanás turbará tu corazón y te derribará a la vista de todos los que creen en el Señor, para que los que ven y creen sepan que han creído en el Dios vivo, el escrutador de los corazones. Mas si te arrepientes de tu acto, fiel es él, que puede borrar tu pecado y librarte de este pecado: pero si no te arrepientes, mientras estés aún en el cuerpo, el fuego devorador y las tinieblas de fuera te recibirán para siempre. Y al punto Rufina cayó, herida de parálisis (¿?) desde la cabeza hasta las uñas de los pies, y no tenía poder para hablar (que se le diera), porque su lengua estaba atada. Y cuando tanto los que creían (en la fe) como los neófitos lo vieron, se golpearon el pecho, recordando sus antiguos pecados, y se lamentaron y dijeron: No sabemos si Dios perdonará los pecados anteriores que hemos cometido. Entonces Pablo pidió silencio y dijo: Varones y hermanos que ahora habéis comenzado a creer en Cristo, si no continuáis en vuestras antiguas obras de la tradición de vuestros padres, y os guardáis de todo engaño e ira y fiereza y adulterio y mancilla, y de soberbia y envidia y desprecio y enemistad, Jesús, el Dios vivo, os perdonará lo que hicisteis en ignorancia. Por lo cual, siervos de Dios, armaos cada uno en vuestro hombre interior con paz, paciencia, mansedumbre, fe, caridad, conocimiento, sabiduría, amor de los hermanos, hospitalidad, misericordia, abstinencia, castidad, bondad, justicia: entonces

tendréis por guía eternamente al primogénito de toda la creación, y tendréis fuerza en paz con nuestro Señor. Y cuando hubieron oído estas cosas de Pablo, le rogaron que orase por ellos. Y Pablo alzó su voz y dijo: Oh Dios eterno, Dios de los cielos, Dios de inefable majestad (divinidad), que has establecido todas las cosas por tu palabra, que has atado sobre todo el mundo la cadena de tu gracia, Padre de tu santo Hijo Jesucristo, juntos te rogamus por medio de tu Hijo Jesucristo que fortalezcas las almas que antes eran incrédulas y ahora son fieles. En otro tiempo fui blasfemo, ahora soy blasfemado; en otro tiempo fui perseguidor, ahora sufro la persecución de otros; en otro tiempo fui enemigo de Cristo, ahora ruego poder ser su amigo: porque confío en su promesa y en su misericordia; me tengo por fiel y por haber recibido el perdón de mis antiguos pecados. Por lo cual os exhorto también a vosotros, hermanos, a creer en el Señor, el Padre Todopoderoso, y a poner toda vuestra confianza en nuestro Señor Jesucristo, su Hijo, creyendo en él, y ningún hombre podrá arrancaros de su promesa. Doblad, pues, juntos las rodillas y encomendadme al Señor, que estoy a punto de partir hacia otra nación, para que su gracia vaya delante de mí y disponga rectamente mi viaje, para que reciba sus vasos santos y fieles, para que ellos, dando gracias por mi predicación de la palabra del Señor, queden bien fundados en la fe. Mas los hermanos lloraron largamente y oraron al Señor con Pablo, diciendo: Sé tú, Señor Jesucristo, con Pablo, y restitúyelo sano a nosotros: porque conocemos nuestra flaqueza, que está en nosotros hasta el día de hoy.

III. Y una gran multitud de mujeres estaban de rodillas, orando y suplicando a Pablo; y le besaban los pies y le acompañaron hasta el puerto. Mas Dionisio y Balbo, de Asia, caballeros de Roma y varones ilustres, y un senador de nombre Demetrio, permanecían junto a Pablo, a su derecha, y decían: Pablo, yo desearía dejar la ciudad, si no fuese magistrado, para no separarme de ti. También de la casa del César, Cleobio e Ifito y Lisímaco y Aristeo, y dos matronas, Berenice y Filóstrato, con Narciso el presbítero, [después de que hubieron] le acompañaron hasta el puerto: mas como sobrevino una

tempestad en el mar, él (¿Narciso?) envió de vuelta a Roma a los hermanos, para que, si alguno quería, bajase a oír a Pablo hasta que zarpase: y al oír esto, los hermanos subieron a la ciudad. Y cuando se lo dijeron a los hermanos que habían quedado en la ciudad, y la noticia se difundió, unos en bestias, y otros a pie, y otros por el camino del Tíber bajaron al puerto, y fueron confirmados en la fe durante tres días, y al cuarto día hasta la hora quinta, orando junto con Pablo, y haciendo la ofrenda: y pusieron en la nave todo lo necesario y le entregaron a dos jóvenes creyentes para que navegasen con él, y se despidieron de él en el Señor y volvieron a Roma.

Ha habido gran disputa acerca de estos tres capítulos, sobre si no son un extracto de los Hechos de Pablo, o si son una adición hecha por el autor del original griego de los Hechos de Vercelli.

Si proceden de los Hechos de Pablo, ello significa que en aquellos Hechos se representaba a Pablo visitando Roma dos veces, y yendo a España entre ambas visitas. Evidentemente, si esto fue así, no volvió directamente de España a Roma: al menos el copto no da indicación alguna de que las profecías de Cleobio y Mirta fuesen pronunciadas en España.

La cuestión es difícil. Todos admiten que el autor de los Hechos de Pedro conoció y utilizó los Hechos de Pablo: pero hay fuerte oposición a la idea de que se relatasen dos visitas de Pablo a Roma.

El autor de los Hechos de Pablo conocía evidentemente muy bien los Hechos canónicos, y evidentemente se tomó grandes libertades con ellos. ¿Llegó, cabe preguntarse, al extremo de suprimir e ignorar toda la historia del juicio ante Félix y del naufragio? Si contó una sola visita a Roma —la última—, parece que sí lo hizo: pues las condiciones descritas en el Martirio —Pablo del todo libre y martirizado muy poco después de su llegada— son del todo irreconciliables con Lucas (Pablo llegando bajo custodia y viviendo al menos dos años en la ciudad).

IV. Y a los pocos días hubo una gran conmoción en medio de la iglesia, porque algunos decían que habían visto obras maravillosas hechas por cierto hombre cuyo nombre era Simón, y que estaba en Aricia, y añadían además que él decía ser un gran poder de Dios y que sin Dios no hacía nada. ¿No es este el Cristo? Mas nosotros creemos en aquel que Pablo nos predicó; porque por él hemos visto resucitar a los muertos, y a hombres librados de diversas enfermedades: †pero este busca contienda, bien lo sabemos† (o bien, mas no sabemos qué contienda sea esta), porque no es pequeño el alboroto que se ha levantado entre nosotros. Quizá también entrará ahora en Roma; porque ayer le rogaron con grandes aclamaciones, diciéndole: Tú eres Dios en Italia, tú eres el salvador de los romanos: apresúrate pronto a Roma. Mas él habló al pueblo con voz aguda, diciendo: Mañana, hacia la hora séptima, me veréis volar sobre la puerta de la ciudad, con la misma forma (hábito) en que ahora me veis hablándoos. Por tanto, hermanos, si os parece bien, vayamos y aguardemos con cuidado el desenlace del asunto.

Todos, pues, corrieron juntos y llegaron a la puerta. Y cuando fue la hora séptima, he aquí que de repente se vio a lo lejos en el cielo un polvo, como un humo resplandeciente con rayos que se extendían lejos de él. Y cuando se acercó a la puerta, de repente dejó de verse: y después apareció, de pie en medio del pueblo; a quien todos adoraron, y reconocieron que era el mismo que habían visto el día anterior.

Y los hermanos no se turbaron poco entre sí, viendo además que Pablo no estaba en Roma, ni tampoco Timoteo ni Bernabé, pues habían sido enviados a Macedonia por Pablo, y que no había nadie que nos consolase, por no hablar de los que apenas habían comenzado a ser catecúmenos. Y como Simón se ensalzaba cada vez más por las obras que hacía, y muchos de ellos llamaban a diario a Pablo hechicero, y otros impostor, de tan gran multitud que había sido afirmada en la fe todos cayeron, salvo Narciso el presbítero y dos mujeres en el hospedaje de los bitinios, y cuatro que ya no podían salir de su casa, sino que estaban encerrados (de

día y de noche): estos se entregaron a la oración (de día y de noche), suplicando al Señor que Pablo volviese pronto, o algún otro que visitase a sus siervos, porque el diablo los había hecho caer por su maldad.

V. Y mientras ellos oraban y ayunaban, Dios enseñaba ya a Pedro en Jerusalén acerca de lo que había de acontecer. Pues como se hubiesen cumplido los doce años que el Señor Cristo le había impuesto, le mostró una visión de esta manera, diciéndole: Pedro, aquel Simón el hechicero, a quien tú expulsaste de Judea convenciéndole de su error, ha venido de nuevo delante de ti (se te ha adelantado) a Roma. Y esto lo sabrás en breve (o bien, y que lo sepas en pocas palabras): porque a todos los que creyeron en mí, Satanás los ha hecho caer por su astucia y su obra; de cuyo Poder Simón se hace pasar por representante. Mas no te demores: parte mañana, y allí hallarás una nave dispuesta, que zarpa hacia Italia, y dentro de pocos días te mostraré mi gracia, que no tiene en sí escasez. Pedro entonces, amonestado por la visión, lo refirió a los hermanos sin demora, diciendo: Es necesario que suba a Roma a luchar contra el enemigo y adversario del Señor y de nuestros hermanos.

PEDRO NAVEGA A ROMA

Y bajó a Cesarea y embarcó a toda prisa en la nave, cuya escala ya habían izado, sin llevar consigo provisión alguna. Y el patrón de la nave, cuyo nombre era Teón, miró a Pedro y dijo: Cuanto tenemos, todo es tuyo. Pues ¿qué mérito tendríamos si acogiésemos a un hombre semejante a nosotros, que se halla en incierta situación (dificultad), y no compartiésemos contigo cuanto poseemos? Tan solo que tengamos próspero viaje. Mas Pedro, dándole gracias por lo que le ofrecía, ayunó él mismo mientras estuvo en la nave, apesadumbrado en su ánimo y de nuevo consolándose porque Dios lo había tenido por digno de ser ministro en su servicio.

Y pasados unos pocos días, el patrón de la nave se levantó a la hora de su comida y rogó a Pedro que comiese con él, y le dijo: Oh tú, quienquiera que seas, no te conozco, mas según colijo, te tengo por siervo de Dios. Porque, gobernando yo mi nave a medianoche, percibí la voz de un hombre desde el cielo que me decía: «¡Teón, Teón!». Y por dos veces me llamó por mi nombre y me dijo: «Entre los que navegan contigo, honra grandemente a Pedro, porque por él seréis preservados sin ningún daño, tú y los demás, tras un viaje como no esperabas». Y creyó Pedro que Dios tendría a bien mostrar su providencia sobre el mar a los que iban en la nave, y desde entonces comenzó Pedro a declarar a Teón las obras poderosas de Dios, y cómo el Señor lo había escogido de entre los apóstoles, y por qué asunto navegaba a Italia; y cada día le comunicaba la palabra de Dios. Y, considerándolo, percibió por su porte que era de un mismo sentir en la fe y digno ministro (diácono).

Y hallándose la nave en calma en Hadria (el Adriático), Teón se lo mostró a Pedro, diciéndole: Si me tienes por digno de que me bautices con el sello del Señor, ahora tienes la ocasión. Porque todos los que iban en la nave se habían dormido, estando ebrios. Y Pedro bajó por una cuerda y bautizó a Teón en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y salió del agua regocijándose con gran gozo, y también Pedro se alegró porque Dios había tenido a Teón por digno de su nombre. Y aconteció que, bautizado Teón, apareció en aquel mismo lugar un joven resplandeciente y hermoso, que les dijo: La paz sea con vosotros. E inmediatamente Pedro y Teón subieron y entraron en el camarote; y Pedro tomó pan y dio gracias al Señor, que lo había tenido por digno de su santo ministerio, y porque el joven se les había aparecido diciendo: La paz sea con vosotros. Y dijo: Tú, el mejor y único santo, tú eres el que se nos ha aparecido, oh Dios Jesucristo, y en tu

nombre ha sido este hombre ahora lavado y sellado con tu santo sello. Por tanto, en tu nombre le imparto tu eucaristía, para que sea tu siervo perfecto, sin tacha, por siempre.

Y mientras festejaban y se regocijaban en el Señor, de repente sopló un viento, no violento sino moderado, en la proa de la nave, y no cesó durante seis días y otras tantas noches, hasta que llegaron a Puteoli.

VI. Y cuando hubieron tocado tierra en Puteoli, Teón saltó de la nave y se fue a la posada donde solía hospedarse, para disponer todo y recibir a Pedro. Y aquel en cuya casa se hospedaba se llamaba Aristón, el cual siempre había temido al Señor, y a causa del Nombre Teón se confiaba a él (tenía trato con él). Y cuando llegó a la posada y vio a Aristón, Teón le dijo: Dios, que te ha tenido por digno de servirle, me ha comunicado también a mí su gracia por medio de su santo siervo Pedro, el cual ha navegado ahora conmigo desde Judea, siendo mandado por nuestro Señor a venir a Italia. Y cuando oyó esto, Aristón se echó al cuello de Teón y lo abrazó, y le rogó que lo llevase a la nave y le mostrase a Pedro. Porque decía Aristón que, desde que Pablo partió hacia España, no había hombre

entre los hermanos con quien pudiera reconfortarse, y que, además, cierto judío llamado Simón se había introducido en la ciudad, y con sus artes de hechicería y su maldad había hecho caer a toda la hermandad de una parte y de otra, de modo que yo también huí de Roma, aguardando la venida de Pedro; porque Pablo nos había hablado de él, y yo también he visto muchas cosas en visión. Ahora, pues, creo en mi Señor que él edificará de nuevo su ministerio, porque todo este engaño será arrancado de raíz de entre sus siervos. Porque nuestro Señor Jesucristo es fiel, quien es poderoso para restaurar nuestros ánimos. Y cuando Teón oyó estas cosas de labios de Aristón, que lloraba, su espíritu se animó (acreció) aún más y se sintió más fortalecido, porque percibió que había creído en el Dios vivo.

Mas cuando llegaron juntos a la nave, Pedro los miró y sonrió, estando lleno del Espíritu; de modo que Aristón, cayendo sobre su rostro a los pies de Pedro, dijo así: Hermano y señor, que tienes parte en los santos misterios y muestras el recto camino que está en el Señor Jesucristo, Dios nuestro, el cual por medio de ti nos ha mostrado su venida: hemos perdido a todos aquellos a quienes Pablo nos había confiado, por obra de Satanás; mas ahora confío en el Señor, que te ha mandado venir a nosotros, enviándote como su mensajero, en que nos ha tenido por dignos de ver por tu medio sus grandes y maravillosas obras. Te ruego, pues, que te apresures hacia la ciudad; porque dejé a los hermanos que han tropezado, a quienes vi caer en la tentación del diablo, y huí hasta aquí, diciéndoles: «Hermanos, permaneced firmes en la fe, porque es necesario que dentro de estos dos meses la misericordia de nuestro Señor os traiga a su siervo». Porque había visto

una visión, nada menos que a Pablo, que me decía: «Aristón, huye de la ciudad». Y cuando lo oí, creí sin dilación y partí en el Señor, aunque tenía una dolencia en mi carne, y vine hasta aquí; y día tras día me quedaba en la orilla del mar preguntando a los marineros: «¿Ha navegado Pedro con vosotros?». Mas ahora, por la abundancia de la gracia de Dios, te ruego que subamos a Roma sin dilación, no sea que la doctrina de este hombre malvado prevalezca aún más. Y,

diciendo esto Aristón con lágrimas, Pedro le dio la mano y lo levantó del suelo, y Pedro, gimiendo también, dijo con lágrimas: Se nos ha adelantado el que tienta a todo el mundo por medio de sus ángeles; mas el que tiene poder para salvar a sus siervos de toda tentación apagará sus engaños y lo pondrá bajo los pies de los que han creído en Cristo, a quien predicamos.

Y, al entrar por la puerta, Teón suplicó a Pedro, diciendo: No te has recreado ni un solo día en tan largo viaje (por mar); ¿y ahora, después de (antes de) tan duro camino, partirás en seguida de la nave? Quédate y repórtate, y así partirás; porque desde aquí hasta Roma, sobre un pavimento de pedernal, temo que te dañe el traqueteo. Mas Pedro respondió y les dijo: ¿Qué importa que aconteciese que se me colgase al cuello una piedra de molino, y asimismo al enemigo de nuestro Señor, tal como mi Señor nos dijo de cualquiera que escandalizase a uno de los hermanos, y fuese yo ahogado en el mar? Pero podría ser no solo una piedra de molino, sino algo mucho peor: †que yo, que soy el enemigo de este perseguidor de sus siervos, muriese lejos de los que han creído en el Señor Jesucristo† (así Ficker: la frase está corrupta; el sentido es que Pedro ha de estar a toda costa con sus hermanos cristianos, o incurrirá en castigo aún peor que el amenazado por las palabras de nuestro Señor). Y por ninguna exhortación pudo Teón persuadirlo de que se quedase allí ni siquiera un día.

Mas el propio Teón entregó todo lo que había en la nave para que se vendiese por el precio que le pareciese bien, y siguió a Pedro hasta Roma; a quien Aristón condujo a la morada de Narciso el presbítero.

VII. Y se divulgó el rumor por la ciudad entre los hermanos que estaban dispersos, <diciendo que Pedro había venido a Roma>, a causa de Simón, para que lo mostrase como impostor y perseguidor de hombres buenos. Toda la multitud, pues, corrió junta a ver al apóstol del Señor afirmarse (a sí mismo, o a los hermanos) en Cristo. Y el primer día de la semana, cuando la multitud se hubo reunido para ver a Pedro, Pedro comenzó a decir en alta voz:

Varones aquí presentes que confiáis en Cristo, los que por un breve espacio habéis sufrido tentación, aprended por qué causa envió Dios a su Hijo al mundo, y por qué lo hizo nacer de la Virgen María; pues ¿lo habría hecho así si no fuera para procurarnos alguna gracia o dispensación? Precisamente porque quiso quitar toda ofensa y toda ignorancia y toda maquinación del diablo, sus intentos (comienzos) y su fuerza, con que antes había prevalecido, antes de que nuestro Dios resplandeciese en el mundo. Y como los hombres, por ignorancia, cayeron en muerte por muchas y diversas enfermedades, Dios Todopoderoso, movido a compasión, envió a su Hijo al mundo. Con quien yo estuve; y él (o yo) anduve sobre las aguas, de lo cual yo mismo sigo siendo testigo, y doy testimonio de que entonces obró en el mundo por señales y prodigios, todo lo cual hizo.

Confieso, amadísimos hermanos, que estuve con él; mas lo negué, sí, a nuestro Señor Jesucristo, y no una sola vez, sino tres; porque había malvados perros que se juntaron en torno a mí, como hicieron con los profetas del Señor. Y el Señor no me lo imputó, sino que se volvió a mí y tuvo compasión de la flaqueza de mi carne, de modo que después me lamenté amargamente de mí mismo y deploré la debilidad de mi fe, porque fui engañado por el diablo y no guardé en la memoria la palabra de mi Señor. Y ahora os digo, oh varones y hermanos, que estáis congregados en el nombre de Jesucristo: contra vosotros también ha apuntado sus flechas el engañador Satanás, para que os apartéis del camino. Mas no desfallezcáis, hermanos, ni decaiga vuestro espíritu, sino sed fuertes y perseverad y no dudéis; porque si Satanás me hizo tropezar a mí, a quien el Señor tenía en gran honor, de modo que negué la luz de mi esperanza, y si me derribó y me persuadió a huir como si hubiese puesto mi confianza en un hombre, ¿qué pensáis que hará con vosotros, que sois aún jóvenes en la fe? ¿Pensasteis que no os apartaría para haceros enemigos del reino de Dios, y os precipitaría en la perdición mediante un nuevo (o el último) engaño? Porque a cualquiera que él arroja fuera de la esperanza de nuestro Señor Jesucristo, ese es hijo de perdición para siempre. Convertíos, pues, hermanos, escogidos del Señor, y sed fuertes en Dios Todopoderoso,

Padre de nuestro Señor Jesucristo, a quien ningún hombre ha visto jamás, ni puede ver, salvo el que ha creído en él. Y sed conscientes de dónde os ha venido esta tentación. Porque no solo con palabras quiero convenceros de que este es el Cristo que predico, sino también con hechos y grandísimas obras de poder os exhorto, por la fe que hay en Cristo Jesús, a que ninguno de vosotros busque a otro sino a aquel que fue despreciado y escarnecido por los judíos, este mismo Nazareno que fue crucificado, y murió, y al tercer día resucitó.

VIII. Y los hermanos se arrepintieron y suplicaron a Pedro que combatiese contra Simón (el cual decía que era el poder de Dios, y se alojaba en casa de Marcelo, un senador, a quien había convencido con sus artes), diciendo: Créenos, hermano Pedro: no había entre los hombres ninguno tan sabio como este Marcelo. Todas las viudas que confiaban en Cristo recurrían a él; todos los huérfanos eran alimentados por él; y ¿qué más, hermano? todos los pobres llamaban a Marcelo su patrono, y su casa era llamada la casa de

los forasteros y de los pobres, y el emperador le dijo: «Te mantendré fuera de todo cargo, no sea que despojes a las provincias para dar dádivas a los cristianos». Y Marcelo respondió: «Todos mis bienes son también tuyos». Y el César le dijo: «Míos serían si los guardases para mí; pero ahora no son míos, pues los das a quien quieres, y no sé a qué gente vil». Teniendo esto, pues, ante nuestros ojos, hermano Pedro, te lo referimos: cómo la gran misericordia de este hombre se ha tornado en blasfemia; porque si él no se hubiera apartado, tampoco nosotros nos habríamos apartado de la santa fe de Dios nuestro Señor. Y ahora este Marcelo, airado, se arrepiente de sus buenas obras, diciendo: «Toda esta hacienda he gastado en todo este tiempo, creyendo en vano que la daba por el conocimiento de Dios». De modo que, si algún forastero llega a la puerta de su casa, lo golpea con un bastón y manda que lo azoten, diciendo: «¡Ojalá no hubiera gastado tanto dinero en estos impostores!»; y aún más dice, blasfemando. Mas si queda en ti alguna misericordia de nuestro Señor y algo de la bondad de sus mandamientos, socorre

el error de este hombre que tantas limosnas ha hecho a los siervos de Dios.

Y Pedro, al percibir esto, fue herido de aguda aflicción, y dijo: ¡Oh las diversas artes y tentaciones del diablo! ¡Oh las maquinaciones y artimañas del malvado! ¡El que se atesora a sí mismo un fuego poderoso para el día de la ira, la destrucción de los hombres sencillos, el lobo voraz, el devorador y dispersador de la vida eterna! Tú enredaste al primer hombre en la concupiscencia y lo ataste con tu vieja iniquidad y con la cadena de la carne; tú eres por entero el fruto amarguísimo del árbol de la amargura, que envías diversas concupiscencias sobre los hombres. Tú obligaste a Judas, mi condiscípulo y coapóstol, a obrar perversamente y entregar a nuestro Señor Jesucristo, el cual te castigará por ello. Tú endureciste el corazón de Herodes y enardeciste a Faraón y lo obligaste a luchar contra Moisés, el santo siervo de Dios; tú diste audacia a Caifás, para que entregase a nuestro Señor Jesucristo a la multitud inicua; y hasta ahora mismo disparas tus flechas envenenadas contra las almas inocentes. Tú, malvado, enemigo de todos los hombres, seas maldito, apartado de la Iglesia de aquel que es el Hijo del santo Dios omnipotente, y como tizón arrojado del fuego serás apagado por los siervos de nuestro Señor Jesucristo. Sobre ti se vuelva tu negrura, y sobre tus hijos, simiente mala; sobre ti se vuelvan tu maldad y tus amenazas; sobre ti y tus ángeles se vuelvan tus tentaciones, tú, principio de la malicia y pozo sin fondo de tinieblas. Quédense contigo tus tinieblas que posees, y con tus vasos que te pertenecen. Apártate de los que han de creer en Dios, apártate de los siervos de Cristo y de los que desean ser sus soldados. ¡Guárdate para ti tus vestiduras de tinieblas! Sin

causa llamas a las puertas de otros hombres, que no son tuyas sino de Cristo Jesús, que las guarda. Porque tú, lobo voraz, querías arrebatrar las ovejas que no son tuyas sino de Cristo Jesús, que las guarda con todo cuidado y diligencia.

IX. Hablando así Pedro con gran dolor de ánimo, muchos se añadieron a los que creían en el Señor. Mas los hermanos suplicaron

a Pedro que entrase en batalla contra Simón y no le permitiese ya más vejar al pueblo. Y sin demora Pedro salió a toda prisa de la sinagoga (asamblea) y se dirigió a la casa de Marcelo, donde se alojaba Simón; y mucha gente lo siguió. Y cuando llegó a la puerta, llamó al portero y le dijo: Ve y di a Simón: Pedro, a causa de quien huiste de Judea, te aguarda a la puerta. El portero respondió y dijo a Pedro: Señor, si eres Pedro, no lo sé; pero tengo una orden, porque él supo que ayer entraste en la ciudad, y me dijo: «Sea de día o de noche, a cualquier hora que venga, di que no estoy dentro». Y Pedro dijo al mozo: Bien has dicho al referir lo que te obligó a decir. Y Pedro se volvió al pueblo que lo seguía y dijo: Ahora veréis un prodigio grande y maravilloso. Y Pedro, viendo un gran perro atado con una fuerte cadena, se acercó a él y lo soltó, y una vez suelto, el perro recibió voz de hombre y dijo a Pedro: ¿Qué me mandas hacer, siervo del Dios inefable y viviente?. Pedro le dijo: Entra y di a Simón, en medio de su compañía: «Pedro te dice: sal aquí fuera, pues por tu causa he venido a Roma, tú, malvado y engañador de almas sencillas». E inmediatamente el perro corrió y entró, y se lanzó en medio de los que estaban con Simón, y, alzando las patas delanteras, dijo en alta voz: Tú, Simón, Pedro, el siervo de Cristo, que está a la puerta, te dice: sal aquí fuera, pues por tu causa he venido a Roma, tú, malvadísimo y engañador de almas sencillas. Y cuando Simón lo oyó, y contempló aquella visión increíble, perdió las palabras con que engañaba a los que estaban presentes, y todos ellos quedaron atónitos.

X. Mas cuando Marcelo lo vio, salió a la puerta y se echó a los pies de Pedro y dijo: Pedro, abrazo tus pies, tú, santo siervo del santo Dios; he pecado gravemente; mas no me exijas cuenta de mis pecados, si hay en ti la verdadera fe de Cristo, a quien predicas, si recuerdas sus mandamientos, de no odiar a nadie, de no ser cruel con nadie, como aprendí de tu compañero apóstol Pablo; no guardes memoria de mis faltas, sino ruega por mí al Señor, el santo Hijo de Dios, a quien he provocado a ira, pues he perseguido a sus siervos, para que no sea entregado con los pecados de Simón al fuego

eterno; el cual tanto me persuadió, que le erigí una estatua con esta inscripción:

«A Simón, el nuevo (joven) dios». Si supiese, oh Pedro, que puedes ser ganado con dinero, te daría toda mi hacienda; sí, la daría y la tendría en nada, con tal de ganar mi alma. Si tuviese hijos, los tendría por nada, con tal de creer en el Dios vivo. Mas confieso que no me habría engañado si no hubiese dicho que era el poder de Dios; con todo, te diré, oh Pedro dulcísimo (amabilísimo): no fui digno de escucharte a ti, siervo de Dios, ni estaba yo afirmado en la fe de Dios que está en Cristo; por eso fui hecho tropezar. Te ruego, pues, que no tomes a mal lo que voy a decir: que Cristo nuestro Señor, a quien predicas en verdad, dijo a tus condiscípulos apóstoles en tu presencia: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Apártate, y al instante se apartaría». Mas este Simón decía que tú, Pedro, estabas sin fe cuando dudaste en las aguas. Y he oído que Cristo dijo también esto: «Los que están conmigo no me han entendido». Si, pues, vosotros, sobre quienes él puso las manos, a quienes también escogió, dudasteis, yo, por tanto, teniendo este testimonio, me arrepiento y me refugio en tus oraciones. Recibe mi alma, que ha caído de nuestro Señor y de su promesa. Mas creo que tendrá misericordia de mí, que me arrepiento. Porque el Todopoderoso es fiel para perdonarme mis pecados.

Mas Pedro dijo en alta voz: A ti, Señor nuestro, sea la gloria y el esplendor, oh Dios Todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo. A ti sean la alabanza y la gloria y el honor, por los siglos de los siglos. Amén. Porque nos has fortalecido y afirmado ahora plenamente en ti a la vista de todos, Señor santo, confirma tú a Marcelo, y envía tu paz sobre él y sobre su casa en este día; y todo lo que está perdido o extraviado, tú solo puedes hacerlo volver; te suplicamos, Señor, pastor de las ovejas que una vez estuvieron dispersas, mas que ahora serán reunidas en uno por ti. Así también, recibe tú a Marcelo como uno de tus corderos, y no permitas que siga extraviándose (vagando) en el error o la ignorancia. Sí, Señor, recibe a quien con angustia y lágrimas te suplica.

LOS PRODIGIOS DE PEDRO

XI. Y mientras Pedro hablaba así y abrazaba a Marcelo, se volvió hacia la multitud que estaba junto a él y vio allí a uno que reía (sonreía), en quien había un espíritu muy maligno. Y Pedro le dijo: Quienquiera que seas tú que has reído, muéstrate abiertamente a todos los que están presentes. Y al oír esto, el joven corrió al patio de la casa y clamó a gran voz, y se arrojó contra la pared, y dijo: Pedro, hay una gran contienda entre Simón y el perro que enviaste; porque Simón dice al perro: Di que no estoy aquí. A quien el perro dice más de lo que le encargaste; y cuando haya cumplido el misterio que le mandaste, morirá a tus pies. Mas Pedro dijo:

Y tú también, demonio, quienquiera que seas, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, sal de ese joven y no le hagas ningún daño: muéstrate a todos los que están aquí presentes. Cuando el joven lo oyó, corrió y se agarró a una gran estatua de mármol que había en el patio de la casa, y la hizo pedazos con los pies. Y era una estatua del César. Al ver esto, Marcelo se golpeó la frente y dijo a Pedro: Se ha cometido un gran crimen; porque si esto llega a oídos del César por algún entrometido, nos afligirá con crueles castigos. Y Pedro le dijo: No te veo ya el mismo que eras hace un momento, pues decías que estabas dispuesto a gastar todos tus bienes para salvar tu alma. Pero si en verdad te arrepientes, creyendo en Cristo de todo corazón, toma en tus manos del agua que corre, y ora al Señor, y en su nombre rocíala sobre los pedazos rotos de la estatua, y quedará entera como estaba antes. Y Marcelo, sin dudar en nada, sino creyendo de todo corazón, antes de tomar el

agua levantó las manos y dijo: Creo en ti, oh Señor Jesucristo, pues ahora soy probado por tu apóstol Pedro, para ver si creo rectamente en tu santo nombre. Por eso tomo agua en mis manos, y en tu nombre la rocío sobre estas piedras, para que la estatua quede entera como estaba antes. Si, pues, Señor, es tu voluntad que yo permanezca en el cuerpo y no sufra nada a manos del César, que esta piedra quede entera como estaba antes. Y rocío el agua sobre las piedras, y la estatua quedó entera, por lo cual Pedro se regocijó de que Marcelo no hubiese dudado al pedir al Señor, y Marcelo se exaltó en su espíritu porque tal señal había sido obrada primero por sus manos; y por ello creyó de todo corazón en el nombre de Jesucristo, el Hijo de Dios, por quien todas las cosas imposibles se hacen posibles.

XII. Mas Simón, dentro de la casa, dijo así al perro: Di a Pedro que no estoy dentro. A quien el perro respondió en presencia de Marcelo: Tú, malvado en extremo y desvergonzado, enemigo de todos los que viven y creen en Cristo Jesús, aquí tienes un animal mudo enviado a ti, que ha recibido voz humana para confundirte y mostrar que eres un impostor y un mentiroso. ¿Tanto tiempo has meditado, para decir al fin: «Dile que no estoy dentro»? ¿No te avergüenzas de proferir tus palabras débiles e inútiles contra Pedro, el ministro y apóstol de Cristo, como si pudieras esconderte de aquel que me ha mandado hablar contra ti en tu propia cara? Y no por tu causa, sino por la de aquellos a quienes engañabas y enviabas a la perdición. Maldito serás, pues, enemigo y corruptor del camino de la verdad de Cristo, y él probará con fuego que no muere y en las tinieblas exteriores las iniquidades que has cometido. Y dicho esto, el perro salió, y el pueblo lo siguió, dejando solo a Simón. Y el perro vino a Pedro, que estaba sentado con la multitud que había venido a ver el rostro de Pedro, y el perro le contó lo que había hecho a Simón. Y así habló el perro al ángel y apóstol del Dios verdadero: Pedro, tendrás una gran contienda con el enemigo de Cristo y de sus siervos, y a muchos de los que él ha engañado convertirás a la fe; por lo cual recibirás de Dios el premio de tu obra. Y cuando el perro hubo dicho esto, cayó a los pies del apóstol Pedro y entregó el

espíritu. Y cuando la gran multitud vio con asombro que el perro hablaba, comenzaron entonces, unos a postrarse a los pies de Pedro, y otros dijeron: Muéstranos otra señal, para que creamos en ti como ministro del Dios vivo, pues también Simón hizo muchas señales en nuestra presencia, y por eso le seguíamos.

XIII. Y Pedro se volvió y vio un arenque (sardina) colgado en una ventana, y lo tomó y dijo al pueblo: Si ahora veis esto nadando en el agua como un pez, ¿podréis creer en aquel a quien predico? Y dijeron a una voz: En verdad te creeremos. Entonces dijo él —pues había allí cerca una piscina para nadar—: En tu nombre, oh Jesucristo, puesto que hasta ahora no se cree en ti, vive y nada como un pez a la vista de todos estos. Y echó el arenque en la piscina, y vivió y comenzó a nadar. Y todo el pueblo vio al pez nadando, y no lo hizo solo a aquella hora, para que no se dijera que era una ilusión (fantasma), sino que lo hizo nadar durante largo tiempo, de modo que trajeron a mucha gente de todas partes y les mostraron el arenque hecho pez vivo, tanto que algunos del pueblo incluso le echaban pan; y vieron que estaba entero. Y viendo esto, muchos siguieron a Pedro y creyeron en el Señor.

Y se reunían de día y de noche en la casa de Narciso el presbítero. Y Pedro les hablaba de las escrituras de los profetas y de las cosas que nuestro Señor Jesucristo había obrado, tanto en palabra como en obras.

XIV. Mas Marcelo se confirmaba cada día con las señales que veía obrar a Pedro por la gracia de Jesucristo que le había concedido. Y Marcelo se arrojó sobre Simón, que estaba sentado en su casa, en el triclinio, y lo maldijo y le dijo: Tú, el más adverso y pestilente de los hombres, corruptor de mi alma y de mi casa, ¡que habrías hecho que yo me apartara de mi Señor y Salvador Cristo! Y poniendo las manos sobre él, mandó que lo echaran fuera de su casa. Y los siervos, habiendo recibido tal licencia, lo cubrieron de oprobios; unos le abofeteaban el rostro, otros lo golpeaban con palos, otros le arrojaban piedras, otros vaciaban sobre su cabeza vasijas llenas de inmundicia, incluso aquellos que por su causa habían huido de su

amo y habían estado encadenados largo tiempo; y otros, sus consiervos, de quienes él había hablado mal ante su amo, lo reprochaban diciéndole: Ahora, por voluntad de Dios, que ha tenido misericordia de nosotros y de nuestro amo, te recompensamos con el premio que mereces. Y Simón, bien golpeado y echado de la casa, corrió a la casa donde se hospedaba Pedro, es decir, la casa de Narciso, y de pie ante la puerta clamó: He aquí que estoy yo, Simón: baja tú, Pedro, y te convenceré de que has creído en un hombre que es judío e hijo de un carpintero.

XV. Y cuando le dijeron a Pedro que Simón había dicho esto, Pedro envió a él a una mujer que tenía un niño de pecho, diciéndole: Baja aprisa, y hallarás a uno que me busca. No necesitas responderle en absoluto, sino guarda silencio y escucha lo que el niño que llevas en brazos le dirá. La mujer bajó, pues. Y el niño que ella amamantaba tenía siete meses; y recibió voz de hombre y dijo a Simón: Oh tú, aborrecido de Dios y de los hombres, destrucción de la verdad, mala semilla de toda corrupción, oh fruto por naturaleza inútil, solo por breve y corto tiempo serás visto, y después te está reservado un castigo eterno. Hijo de un padre desvergonzado, que nunca echas tus raíces para el bien sino para el veneno, generación infiel vacía de toda esperanza: no te avergonzaste cuando un perro te reprendió; yo, siendo niño, soy obligado por Dios a hablar, y ni aun ahora te avergüenzas. Mas, aunque contra tu voluntad, en el sábado que viene otro te llevará al foro de Julio, para que se muestre qué clase de hombre eres. Apártate, pues, de la puerta por donde andan los pies de los santos; porque no corromperás más las almas inocentes a las que apartaste del camino y entristeciste; en Cristo, pues, será mostrada tu mala naturaleza, y tus artimañas serán hechas pedazos. Y ahora te digo esta última palabra: Jesucristo te dice: Sé enmudecido en mi nombre, y sal de Roma hasta el sábado que viene. Y al instante enmudeció y su habla quedó atada; y salió de Roma hasta el sábado y se quedó en un establo. Mas la mujer volvió con el niño a Pedro y le contó a él y al resto de los hermanos lo que el niño había dicho a Simón; y ellos engrandecieron al Señor que había mostrado estas cosas a los hombres.

XVI. Y cuando cayó la noche, Pedro, estando aún despierto, vio a Jesús vestido con una vestidura de resplandor, sonriendo y diciéndole: Ya ha vuelto mucho pueblo de la hermandad por mí y por las señales que has obrado en mi nombre. Mas tendrás una contienda de la fe en el sábado que viene, y muchos más de los gentiles y de los judíos serán convertidos en mi nombre a mí, que fui vituperado y escarnecido y escupido. Porque yo estaré presente contigo cuando pidas señales y prodigios, y convertirás a muchos; pero tendrás a Simón oponiéndose a ti con las obras de su padre; mas todas sus obras se mostrará que son encantamientos y artificios de hechicería. Pero ahora no te aflojes, y a quienquiera que yo te envíe lo establecerás en mi nombre. Y cuando amaneció, contó a los hermanos cómo se le había aparecido el Señor y lo que le había mandado.

XVII. [Este episodio, insertado de manera muy abrupta, es considerado por Vouaux como una inserción del compilador del original griego de los Hechos de Vercelli; pero no fue compuesto por él, sino trasladado, con muy ligeros añadidos, de la parte anterior de los Hechos —ahora perdida— cuya escena se situaba en Judea. Me inclino a favor de esta opinión.]

Mas creedme, varones y hermanos, yo expulsé a este Simón de Judea, donde hizo muchos males con sus encantamientos mágicos, hospedándose en Judea con una mujer llamada Éubola, que era de condición honorable en este mundo, y tenía provisión de oro y perlas de no poco precio. Allí entró Simón furtivamente con otros dos semejantes a él, y ninguno de la casa los vio a los dos, sino solo a Simón, y por medio de un hechizo se llevaron todo el oro de la mujer, y desaparecieron. Mas Éubola, cuando descubrió lo que se había hecho, comenzó a torturar a su servidumbre, diciendo: Habéis tomado ocasión de este hombre de Dios y me habéis despojado, al verlo entrar en mi casa para honrar a una simple mujer; pero su nombre es como el nombre del Señor.

Mientras ayunaba durante tres días y oraba para que este asunto se aclarase, vi en una visión a Itálico y a Antulo (¿Antilo?), a quienes

yo había instruido en el nombre del Señor, y a un niño desnudo y encadenado que me daba un pan de trigo y me decía: Pedro, aguanta aún dos días y verás las obras poderosas de Dios. En cuanto a todo lo perdido de la casa de Éubola, Simón ha usado arte mágica y ha causado una ilusión, y junto con otros dos lo ha robado; a quienes verás al tercer día, a la hora novena, en la puerta que lleva a Neápolis, vendiendo a un orfebre llamado Agripino un sátiro joven de oro de dos libras de peso, que tiene engastada una piedra preciosa. Mas a ti no te hace falta tocarlo, para que no te contamines; sino que estén contigo algunos de los siervos de la señora, y les mostrarás la tienda del orfebre y te apartarás de ellos. Porque a causa de este asunto creerán muchos en el nombre del Señor, y todo lo que estos hombres han robado muchas veces con sus artimañas y maldad será mostrado abiertamente. Cuando oí esto, fui a Éubola y la hallé sentada con las vestiduras rasgadas y los cabellos desordenados, llorando; a quien dije: Éubola, levántate de tu duelo y compón tu rostro y arregla tus cabellos y vístete con ropas dignas de ti, y ora al Señor Jesucristo, que juzga a toda alma; porque él es el Hijo invisible de Dios, por quien has de ser salvada, si tan solo te arrepientes de todo corazón de tus pecados anteriores, y recibes de él poder; porque he aquí que por mí te dice el Señor: Hallarás todo cuanto has perdido. Y después de haberlo recibido, procura que él te encuentre a ti, para que renuncies a este mundo presente y busques el refrigerio eterno. Escucha, pues, esto: que algunos de tu gente vigilen la puerta que lleva a Neápolis pasado mañana, hacia la hora novena, y verán a dos jóvenes que llevan un sátiro joven de oro, de dos libras de peso, engastado con piedras preciosas, tal como una visión me ha mostrado; lo cual ofrecerán en venta a un tal Agripino, de la casa de la piedad y de la fe que está en el Señor Jesucristo; por quien te será mostrado que debes creer en el Dios vivo y no en Simón el mago, el demonio inconstante, que ha deseado que permanezcas en tristeza y que tu servidumbre inocente sea atormentada; que con palabras y discursos halagüeños solamente te ha engañado, y con su boca solo hablaba de piedad, siendo así que está enteramente poseído de impiedad. Porque cuando pensabas guardar el día festivo, y erigiste tu ídolo y lo

velaste y pusiste todos tus adornos sobre una mesa (mesa redonda de tres patas), él introdujo a dos jóvenes a quienes ninguno de los tuyos vio, mediante un hechizo mágico, y robaron tus adornos y no fueron vistos más. Pero su artimaña no tuvo éxito (lugar); porque mi Dios me lo ha manifestado, para que no seas engañada, ni perezcas en el infierno por esos pecados que has cometido impíamente y contra Dios, que está lleno de toda verdad, y es el juez justo de vivos y muertos; y no hay otra esperanza de vida para los hombres sino por medio de él, por quien te son recobradas las cosas que has perdido: y ahora, gana tú tu propia alma.

Mas ella se arrojó a mis pies, diciendo: Oh hombre, no sé quién eres tú; mas a él lo recibí como siervo de Dios, y cuanto me pidió para dar a los pobres, se lo di en abundancia por sus manos, y además le di mucho a él mismo. ¿Qué daño le hice yo, para que tramara todo esto contra mi casa? A quien Pedro dijo: No hay que poner la fe en las palabras, sino en los actos y en las obras; mas hemos de proseguir con lo que hemos comenzado. Así que la dejé y fui con dos mayordomos de Éubola y llegué a Agripino y le dije: Mira, toma nota de estos hombres; porque mañana vendrán a ti dos jóvenes, deseando venderte un sátiro joven de oro engastado con joyas, que pertenece a la señora de estos; y tú lo tomarás como para examinarlo, y alabarás la obra del artífice, y entonces, cuando estos entren, Dios traerá lo demás a prueba. Y al día siguiente vinieron los mayordomos de la señora hacia la hora novena, y también aquellos jóvenes, dispuestos a vender a Agripino el sátiro joven de oro. Y siendo apresados al instante, se le informó a la señora, y ella, angustiada de ánimo, fue al delegado, y a grandes voces declaró todo lo que le había sucedido. Y cuando Pompeyo el delegado la vio angustiada, a ella que nunca había salido en público, se levantó al instante del tribunal y fue al pretorio, y mandó que trajeran a aquellos hombres y los torturaran; y mientras eran atormentados, confesaron que lo habían hecho al servicio de Simón, el cual, dijeron, los había persuadido a ello con dinero. Y siendo torturados largo tiempo, confesaron que todo lo que Éubola había perdido estaba guardado bajo tierra en una cueva al otro lado de la

puerta, y muchas otras cosas además. Y cuando Pompeyo oyó esto, se levantó para ir a la puerta, con aquellos dos hombres, cada uno atado con dos cadenas. Y he aquí que Simón entró por la puerta, buscándolos porque se demoraban. Y vio venir a una gran multitud, y a aquellos dos atados con cadenas; y comprendió, y se dio a la fuga, y no apareció más en Judea hasta el día de hoy. Mas Éubola, cuando hubo recobrado todos sus bienes, los dio para el servicio de los pobres, y creyó en el Señor Jesucristo y fue consolada; y despreció y renunció a este mundo, y dio a las viudas y a los huérfanos, y vistió a los pobres. Y después de largo tiempo recibió su descanso (sueño). Estas cosas, pues, amadísimos hermanos, sucedieron en Judea, por las cuales aquel que es llamado el ángel de Satanás fue expulsado de allí.

XVIII. Hermanos, queridísimos y amadísimos, ayunemos juntos y oremos al Señor. Porque aquel que lo expulsó de allí puede también desarraigarlo de este lugar; y que nos conceda poder para resistirle a él y a sus encantamientos mágicos, y para probar que es Satanás. Porque en el sábado nuestro Señor lo traerá, aunque él no quiera, al foro de Julio. Doblemos, pues, nuestras rodillas ante Cristo, que nos oye aunque no clamemos; es él quien nos ve, aunque no sea visto con estos ojos, y sin embargo está en nosotros: si queremos, él no nos abandonará. Purifiquemos, pues, nuestras almas de toda mala tentación, y Dios no se apartará de nosotros. Sí, si tan solo parpadeamos con nuestros ojos, él está presente con nosotros.

XIX. Y después que Pedro hubo dicho estas cosas, entró también Marcelo, y dijo: Pedro, he limpiado para ti toda mi casa de las huellas (rastros) de Simón, y he quitado del todo hasta su polvo maligno. Porque tomé agua e invoqué el santo nombre de Jesucristo, junto con mis otros siervos que le pertenecen, y rocié toda mi casa y todos los triclinios y todos los pórticos, hasta la puerta exterior, y dije: Sé que tú, Señor Jesucristo, eres puro e intocado de toda impureza: así sea expulsado de delante de tu rostro mi enemigo y adversario. Y ahora, bienaventurado, he mandado a las viudas y ancianas que se reúnan contigo en mi casa, que está purificada (ms.: común), para que oren con nosotros. Y

recibirán cada una una moneda de oro en nombre del ministerio (servicio), para que en verdad sean llamadas siervas de Cristo. Y todo lo demás está ya preparado para el servicio. Te ruego, pues, oh bienaventurado Pedro, que consientas a su petición, de modo que tú también honres (adornes) sus oraciones en mi lugar; vayamos, pues, y llevemos también a Narciso, y a cuantos hermanos estén aquí. Así pues, Pedro consintió a su sencillez, para cumplir su deseo, y salió con él y con el resto de los hermanos.

XX. Y entró Pedro, y vio a una de las ancianas, una viuda ciega, y a su hija que la llevaba de la mano, guiándola a la casa de Marcelo; y Pedro le dijo: Ven aquí, madre: desde hoy en adelante Jesús te da su diestra, por quien tenemos la luz inaccesible que ninguna tiniebla oculta; el cual te dice por mí: Abre tus ojos y ve, y camina por ti misma. Y al instante la viuda vio a Pedro que le imponía la mano.

EL DUELO CON SIMÓN EL MAGO

Y Pedro entró en el triclinio y vio que se estaba leyendo el Evangelio, y enrolló el rollo y dijo: Varones que creéis y esperáis en Cristo, aprended de qué manera conviene que se declare la santa Escritura de nuestro Señor: de la cual, por su gracia, escribimos lo que pudimos recibir, aunque todavía os parezca débil, mas según nuestra capacidad, esto es, lo que puede ser soportado e infundido (o instilado) en la carne humana. Debemos, pues, conocer primero la voluntad y la bondad de Dios: cómo, estando el error difundido por todas partes, y siendo arrojados muchos miles de hombres a la perdición, Dios, movido por su misericordia, quiso mostrarse en otra forma y a semejanza de hombre, de lo cual ni los judíos ni nosotros pudimos ser dignamente ilustrados. Porque cada uno de nosotros vio según pudo contener la visión. Ahora os voy a exponer lo que hace poco os fue leído. Queriendo nuestro Señor que yo contemplase su majestad en el monte santo —yo, cuando con los hijos de Zebedeo vi el resplandor de su luz, caí como muerto y cerré mis ojos, y oí de él una voz tal que no soy capaz de describir, y me creí cegado por su resplandor. Y cuando me recobré (respiré) un poco, dije dentro de mí: Quizá mi Señor me ha traído aquí para cegarme. Y dije: Si también esto es tu voluntad, Señor, no resisto. Y él me dio su mano y me levantó; y cuando me alcé, lo vi de nuevo en una forma tal que pude contener. Así pues, hermanos muy amados, el Dios misericordioso llevó nuestras dolencias y cargó con nuestros pecados (como dice el profeta: «Él lleva nuestros pecados y padece por nosotros; mas nosotros le tuvimos por afligido y herido de llagas»), porque él está en el Padre y el Padre en él —él es también, en sí

mismo, la plenitud de toda majestad, el cual nos ha mostrado todos sus bienes: comió y bebió por nuestra causa, sin tener él mismo hambre ni sed; llevó y soportó oprobios por nuestra causa, murió y resucitó a causa de nosotros; el cual me defendió cuando pequé y me consoló con su grandeza, y también a vosotros os consolará para que le améis: este Dios que es grande y pequeño, hermoso y feo, joven y viejo, visto en el tiempo e invisible para la eternidad; a quien la mano del hombre no ha asido, y sin embargo es asido por sus siervos; a quien ninguna carne ha visto, y que ahora ve; que es la palabra proclamada por los profetas y que ahora se manifiesta (así el *gr.*; el *lat.*: no oída, mas ahora conocida); no sujeto al padecimiento, mas habiendo hecho ahora prueba del padecimiento por nuestra causa (o semejante a nosotros); nunca castigado, mas ahora castigado; el cual era antes del mundo y ha sido comprendido en el tiempo; el gran principio de todo principado, y sin embargo entregado a los príncipes; hermoso, mas entre nosotros humilde; visto de todos y sin embargo previendo a todos (*ms.*: de rostro torvo, mas previendo). Este Jesús tenéis, hermanos: la puerta, la luz, el camino, el pan, el agua, la vida, la resurrección, el refrigerio, la perla, el tesoro, la semilla, la abundancia (la cosecha), el grano de mostaza, la vid, el arado, la gracia, la fe, la palabra: él es todas las cosas y no hay otro mayor que él. A él sea la alabanza por los siglos de los siglos. Amén.

XXI. Y cuando llegó cumplidamente la hora nona, se levantaron a hacer oración. Y he aquí que ciertas viudas ancianas, desconocidas de Pedro, que allí estaban sentadas, ciegas y sin creer, clamaron diciendo a Pedro: Aquí nos sentamos juntas, oh Pedro, esperando y creyendo en Cristo Jesús: así como has hecho ver a una de nosotras, te rogamos, señor Pedro, que nos concedas también a nosotras su misericordia y su piedad. Mas Pedro les dijo: Si hay en vosotras la fe que está en Cristo, si es firme en vosotras, percibid entonces en vuestra mente lo que no veis con vuestros ojos, y aunque vuestros oídos estén cerrados, que estén abiertos dentro de vuestra mente. Estos ojos volverán a cerrarse, sin ver nada más que hombres y bueyes y bestias mudas y piedras y palos; mas no todo ojo ve a

Jesucristo. Con todo, ahora, Señor, que tu dulce y santo nombre socorra a estas personas; toca tú sus ojos, pues tú eres poderoso, para que vean con sus ojos.

Y cuando todos hubieron orado, la sala donde estaban resplandeció como cuando relampaguea, con una luz semejante a la que viene en las nubes, mas no tal luz como la del día, sino inefable, invisible, cual ningún hombre puede describir, tanto que quedamos fuera de nosotros de estupor, invocando al Señor y diciendo: Ten piedad, Señor, de nosotros tus siervos: lo que podemos soportar, eso, Señor, dánoslo; pues esto no podemos ni verlo ni soportarlo. Y estando nosotros tendidos allí, solo se levantaron aquellas viudas que eran ciegas; y la luz resplandeciente que se nos apareció entró en sus ojos y las hizo ver. A las cuales dijo Pedro: Decidnos lo que visteis. Y ellas dijeron: Vimos a un anciano de una hermosura tal que no podemos declarártela; mas otras dijeron: Vimos a un joven; y otras: Vimos a un niño que tocaba nuestros ojos delicadamente, y así se abrieron nuestros ojos. Entonces Pedro engrandeció al Señor, diciendo: Tú solo eres el Señor Dios, ¿y de qué labios tenemos necesidad para darte la alabanza debida? ¿Y cómo podemos darte gracias conforme a tu misericordia? Por tanto, hermanos, como os dije hace poco, Dios, que es constante, es mayor que nuestros pensamientos, según hemos aprendido de estas ancianas viudas, que vieron al Señor en diversas formas.

XXII. Y habiéndolos exhortado a todos a pensar en (entender a) el Señor con todo su corazón, comenzó, junto con Marcelo y los demás hermanos, a servir a las vírgenes del Señor, y a descansar hasta la mañana.

A las cuales dijo Marcelo: Vírgenes santas e invioladas del Señor, escuchad: tenéis un lugar donde morar, pues estas cosas que se llaman mías, ¿de quién son sino vuestras? No os apartéis de aquí, antes reconfortaos: porque en el sábado que viene, esto es, mañana, Simón tiene una controversia con Pedro, el santo de Dios: porque así como el Señor ha estado siempre con él, así también Cristo el Señor se pondrá ahora de su parte como su apóstol. Pues

Pedro ha continuado sin probar nada, ayunando aún otro día más, para poder vencer al malvado adversario y perseguidor de la verdad del Señor. Porque he aquí que mis jóvenes han venido anunciando que han visto levantarse andamios en el foro, y a mucha gente decir: «Mañana, al amanecer, dos judíos van a contender aquí acerca de la enseñanza (¿?) de Dios.» Ahora, pues, velemos hasta la mañana, orando y rogando a nuestro Señor Jesucristo que oiga nuestras oraciones en favor de Pedro.

Y Marcelo se volvió a dormir un breve espacio, y despertó y dijo a Pedro: Oh Pedro, apóstol de Cristo, vayamos con denuedo a lo que se nos presenta. Pues ahora mismo, cuando me volví a dormir un poco, te vi sentado en un lugar alto, y ante ti una gran multitud, y una mujer sobremanera repugnante, de aspecto como una etíope, no como una egipcia, sino del todo negra y sucia, vestida de harapos, y con un collar de hierro al cuello y cadenas en las manos y los pies, danzando. Y cuando me viste, me dijiste con voz recia: «Marcelo, todo el poder de Simón y de su dios es esta mujer que danza; decapítala.» Y yo te dije: «Hermano Pedro, soy senador de alto linaje, y jamás he manchado mis manos, ni maté siquiera un gorrión en ningún momento.» Y tú, al oírlo, comenzaste a clamar aún más: «Ven tú, nuestra verdadera espada, Jesucristo, y no solo cortes la cabeza de este demonio, sino desmenuza todos sus miembros a la vista de todos estos a quienes he aprobado en tu servicio.» E inmediatamente uno semejante a ti, oh Pedro, con una espada, la despedazó: de tal modo que os miré fijamente a los dos, tanto a ti como a aquel que despedazó a aquel demonio, y me maravillé grandemente de veros tan semejantes. Y desperté, y te he contado estas señales de Cristo. Y cuando Pedro lo oyó, se llenó aún más de valor, porque Marcelo había visto estas cosas, sabiendo que el Señor siempre cuida de los suyos. Y estando gozoso y reconfortado por estas palabras, se levantó para ir al foro.

XXIII. Y se reunieron los hermanos, y todos los que había en Roma, y cada uno tomó su lugar por una pieza de oro: se juntaron también los senadores y los prefectos y los que estaban en autoridad. Y Pedro vino y se puso en medio, y todos clamaron:

Muéstranos, oh Pedro, quién es tu Dios y cuál es su grandeza, que te ha dado tal confianza. No escatimes nada a los romanos; ellos son amantes de los dioses. Ya hemos tenido prueba de Simón, tengámosla también de ti; convencédnos ambos de a quién debemos creer verdaderamente. Y mientras decían estas cosas, entró también Simón, y, puesto junto a Pedro con el ánimo turbado, primero lo miró.

Y tras un largo silencio, Pedro dijo: Varones de Roma, sed jueces verdaderos para con nosotros, pues digo que he creído en el Dios vivo y verdadero; y prometo daros pruebas de él, que me son conocidas, como también muchos de entre vosotros pueden atestiguar. Pues veis que este hombre está ahora reprendido y callado, sabiendo que yo lo expulsé de Judea a causa de los engaños que practicó contra Éubola, una mujer honorable y sencilla, mediante su arte mágico; y expulsado de allí, ha venido aquí pensando pasar inadvertido entre vosotros; y he aquí que está frente a mí, cara a cara. Di ahora, Simón: ¿no caíste en Jerusalén a mis pies y a los de Pablo, cuando viste las curaciones que se obraban por nuestras manos, y dijiste: «Os ruego que toméis de mí el pago que queráis, para que yo también pueda imponer las manos sobre los hombres y hacer tan grandes obras»? Y nosotros, al oírlo, te maldijimos, diciendo: «¿Piensas tentarnos, como si deseásemos poseer dinero?» ¿Y ahora no temes en absoluto? Mi nombre es Pedro, porque el Señor Cristo tuvo a bien llamarme «preparado para todo»: pues confío en el Dios vivo, por quien derribaré tus hechicerías. Que haga ahora en vuestra presencia los prodigios que hizo antes: y lo que he dicho ahora de él, ¿no lo creeréis?

Mas Simón dijo: Te atreves a hablar de Jesús de Nazaret, hijo de un carpintero, y él mismo carpintero, cuyo nacimiento está registrado (o cuya estirpe mora) en Judea. Escucha, Pedro: los romanos tienen entendimiento, no son necios. Y se volvió al pueblo y dijo: Varones de Roma, ¿nace Dios? ¿Es crucificado? Quien tiene amo no es Dios. Y cuando así habló, muchos dijeron: Bien dices, Simón.

XXIV. Mas Pedro dijo: ¡Anatema sobre tus palabras contra (o acerca de) Cristo! ¿Te atreves a hablar así? Pues el profeta dice de él: «¿Quién declarará su generación?» Y otro profeta dice: «Y le vimos, y no tenía hermosura ni gracia.» Y: «En los últimos tiempos nacerá un niño del Espíritu Santo: su madre no conoce varón, ni nadie dice que sea su padre.» Y de nuevo dice: «Dio a luz y no dio a luz.» Y de nuevo: «¿Es poco para vosotros cansar a los hombres (lit. es poco que hagáis contienda por los hombres)? He aquí que una virgen concebirá en el vientre.» Y otro profeta dice, honrando al Padre: «Ni oímos su voz, ni entró comadrona.» Otro profeta dice: «Nacido no del vientre de una mujer, sino que de un lugar celestial descendió.» Y: «Una piedra fue cortada sin manos, y golpeó a todos los reinos.» Y: «La piedra que los edificadores desecharon, esa misma ha venido a ser cabeza del ángulo»; y la llama piedra escogida, preciosa. Y de nuevo dice un profeta acerca de él: «Y he aquí que vi a uno semejante al Hijo del hombre venir sobre una nube.» ¿Y qué más? Oh varones de Roma, si conocierais las Escrituras de los profetas, os lo expondría todo: por las cuales Escrituras era necesario que esto se dijera en misterio, y que el reino de Dios se perfeccionara. Mas estas cosas os serán reveladas más adelante. Ahora me vuelvo a ti, Simón: haz tú alguna de aquellas cosas con que antes los engañabas, y yo la reduciré a nada por medio de mi Señor Jesucristo. Y Simón cobró ánimo y dijo: Si el prefecto lo permite (preparaos y no os demoréis por mí).

XXV. Mas el prefecto quiso mostrar paciencia con ambos, para no parecer que obraba injustamente en nada. Y el prefecto hizo adelantar a uno de sus siervos y dijo así a Simón: Toma a este hombre y entrégalo a la muerte. Y a Pedro le dijo: Y tú, hazlo revivir. Y el prefecto dijo al pueblo: A vosotros toca ahora juzgar cuál de estos dos es aceptable a Dios: el que mata, o el que da vida. Y al instante Simón habló al oído del muchacho y lo dejó mudo, y murió.

Y comenzando a haber un murmullo entre el pueblo, una de las viudas que eran mantenidas (reconfortadas) en casa de Marcelo, de pie detrás de la multitud, clamó: Oh Pedro, siervo de Dios, mi hijo ha muerto, el único que tenía. Y el pueblo le hizo lugar y la condujo

hasta Pedro: y ella se echó a sus pies, diciendo: Tenía un solo hijo, que con sus manos (hombros) me proveía de sustento: él me levantaba, él me llevaba: ahora que ha muerto, ¿quién me tenderá una mano? A la cual dijo Pedro: Ve, con estos por testigos, y trae aquí a tu hijo, para que vean y puedan creer que por el poder de Dios es levantado, [†]y que este hombre (Simón) lo vea y caiga[†] (o, y ella, cuando lo vio, cayó). Y Pedro dijo a los jóvenes: Necesitamos de algunos jóvenes, y, además, de tales que crean. Y al punto se levantaron treinta jóvenes, dispuestos a llevarla a ella o a traer allí a su hijo que estaba muerto. Y como la viuda apenas había vuelto en sí, los jóvenes la tomaron; y ella iba clamando y diciendo: He aquí, hijo mío, el siervo de Cristo te ha enviado a buscar: desgarrándose el cabello y el rostro. Y los jóvenes que habían venido examinaron (*gr.*, al parecer, sujetaron) las narices del muchacho para ver si en verdad estaba muerto; y viendo que en verdad había muerto, se compadecieron de la anciana y dijeron: Si así lo quieres, madre, y tienes confianza en el Dios de Pedro, lo tomaremos y lo llevaremos allá para que lo levante y te lo devuelva.

XXVI. Y mientras decían estas cosas, el prefecto (en el foro, *lat.*), mirando fijamente a Pedro, <dijo: ¿Qué dices, Pedro?> He aquí que mi muchacho ha muerto, el cual era también querido del emperador, y no lo perdoné, aunque tenía conmigo otros jóvenes; mas quise más bien hacer prueba (tentar) de ti y del Dios que tú <predicas>, para ver si sois verdaderos, y por eso quise que este muchacho muriese. Y Pedro dijo: Dios no es tentado ni puesto a prueba, oh Agripa, mas si es amado y suplicado, oye a los que son dignos. Mas ya que ahora mi Dios y Señor Jesucristo es tentado entre vosotros, él que ha hecho por mis manos tan grandes señales y prodigios para apartaros de vuestros pecados —ahora también, a la vista de todos, levanta tú, Señor, a mi palabra, por tu poder, a aquel a quien Simón mató con su toque. Y Pedro dijo al amo del muchacho: Ve, tómallo de la mano derecha, y lo tendrás vivo y andando contigo. Y Agripa el prefecto corrió y fue hasta el muchacho, y lo tomó de la mano y lo levantó. Y toda la multitud, al verlo, clamó: Uno es Dios, uno es el Dios de Pedro.

XXVII. Entretanto, también el hijo de la viuda fue traído en un lecho por los jóvenes, y el pueblo les abrió paso y lo llevaron ante Pedro. Y Pedro alzó los ojos al cielo y extendió las manos y dijo: Oh santo Padre de tu Hijo Jesucristo, que nos has concedido tu poder, para que por medio de ti pidamos y obtengamos, y despreciemos todo lo que hay en el mundo, y te sigamos a ti solo, que eres visto por pocos y quieres ser conocido por muchos: resplandece en torno a nosotros, Señor, ilumínanos, manifiéstate, levanta al hijo de esta anciana viuda, que no puede valerse sin su hijo. Y yo, repitiendo la palabra de Cristo mi Señor, te digo: Joven, levántate y anda con tu madre mientras puedas hacerle bien; y después me servirás en una suerte más alta, ministrando en la condición de diácono del obispo (o, y de obispo). E inmediatamente el muerto se levantó, y las multitudes lo vieron y se maravillaron, y el pueblo clamó: Tú eres Dios el Salvador, tú, el Dios de Pedro, el Dios invisible, el Salvador. Y hablaban entre sí, maravillándose en verdad del poder de un hombre que invocó a su Señor con una palabra; y lo recibieron para su santificación.

XXVIII. Habiéndose difundido, pues, la fama de ello por toda la ciudad, vino la madre de cierto senador, y se arrojó en medio del pueblo, y cayó a los pies de Pedro, diciendo: He sabido por los míos que eres siervo del Dios misericordioso, y que impartes su gracia a todos los que desean esta luz. Imparte, pues, la luz a mi hijo, pues sé que a nadie se la escatimas; no apartes el rostro de una matrona que te lo suplica. A la cual dijo Pedro: ¿Crearás en mi Dios, por quien tu hijo será levantado? Y la madre dijo a gran voz, llorando: ¡Creo, oh Pedro, creo!; y todo el pueblo clamó: Concede a la madre su hijo. Mas Pedro dijo: Que lo traigan aquí ante todos estos. Y Pedro se volvió al pueblo y dijo: Varones de Roma, también yo soy uno de vosotros, y llevo cuerpo de hombre, y soy pecador, mas he alcanzado misericordia: no me miréis, pues, como si por mi propio poder hiciera lo que hago, sino por el poder de mi Señor Jesucristo, que es el juez de vivos y muertos. En él creo, y por él soy enviado, y tengo confianza cuando lo invoco para levantar a los muertos. Ve, pues, tú también, oh mujer, y haz que traigan aquí a tu hijo y que

resucite. Y la mujer pasó por en medio del pueblo y salió a la calle, corriendo con gran gozo, y, creyendo en su corazón, llegó a su casa, y por medio de sus jóvenes lo tomó y vino al foro. Y mandó a los jóvenes ponerse gorros en la cabeza, y caminar delante del féretro, y que se llevara delante del féretro todo lo que había determinado quemar sobre el cuerpo de su hijo; y cuando Pedro lo vio, se compadeció del cuerpo muerto y de ella. Y llegó ella hasta la multitud, mientras todos la lloraban; y una gran muchedumbre de senadores y matronas la seguía, para contemplar las obras maravillosas de Dios: porque este Nicóstrato, que había muerto, era sumamente noble y querido del senado. Y lo trajeron y lo pusieron delante de Pedro. Y Pedro pidió silencio, y con gran voz dijo: Varones de Roma, haya ahora un juicio justo entre Simón y yo; y juzgad cuál de los dos cree en el Dios vivo, él o yo. Que él levante al

cuerpo que aquí yace, y creed en él como en el ángel de Dios. Pero si él no puede, y yo invoco a mi Dios y restituyo el hijo vivo a su madre, entonces creed que este hombre es un hechicero y un impostor, a quien tenéis acogido entre vosotros. Y cuando todos oyeron estas cosas, pensaron que era justo lo que Pedro había dicho, y animaron a Simón, diciendo: ¡Ahora bien, si hay algo en ti, muéstralo abiertamente! ¡O vences, o serás vencido! (o bien: convéncenos, o quedarás convicto). ¿Por qué te quedas quieto? ¡Ven, comienza! Pero Simón, al ver que todos le apremiaban, se quedó callado; y después, viendo al pueblo en silencio y con los ojos puestos en él, Simón exclamó, diciendo: Varones de Roma, si veis al muerto levantarse, ¿echaréis a Pedro de la ciudad? Y todo el pueblo dijo: No solo lo echaremos, sino que al instante lo quemaremos con fuego.

Entonces Simón se acercó a la cabeza del muerto, y, inclinándose, se irguió tres veces (o bien: y dijo tres veces: ¡Levántate!), y mostró al pueblo que él, el muerto, levantaba la cabeza y la movía, y abría los ojos, e inclinaba un poco la cabeza ante Simón. Y al punto empezaron a pedir leña y antorchas con que quemar a Pedro. Mas Pedro, recibiendo fuerza de Cristo, alzó la voz y dijo a los que clamaban contra él: Ahora veo, pueblo de Roma, que sois... no debo

llamaros necios y vanos, mientras vuestros ojos y vuestros oídos y vuestros corazones estén ciegos. ¿Hasta cuándo estará oscurecido vuestro entendimiento? ¿No veis que estáis hechizados, suponiendo que un muerto se ha levantado, cuando él mismo no se ha levantado? Me habría bastado, varones de Roma, callar y morir sin hablar, y dejaros entre los engaños de este mundo; pero tengo ante mis ojos el castigo del fuego inextinguible. Si, pues, os parece bien, que hable el muerto, que se levante si vive, que suelte su quijada, que está atada, con sus manos, que llame a su madre, que diga a vosotros que clamáis: «¿Por qué clamáis?» que nos haga señas con la mano. Si ahora queréis ver que está muerto, y que vosotros estáis hechizados, que se aparte del féretro este hombre que os ha persuadido de apartaros de Cristo, y veréis que el muerto es tal como lo visteis traer aquí.

Pero Agripa el prefecto ya no tuvo paciencia, sino que apartó a Simón con sus propias manos, y de nuevo el muerto quedó tendido como estaba antes. Y el pueblo se enfureció, y se apartó de la hechicería de Simón, y comenzó a clamar: ¡Escucha, oh César! Si ahora el muerto no se levanta, que Simón arda en lugar de Pedro, porque en verdad nos ha cegado. Mas Pedro extendió la mano y dijo: ¡Oh varones de Roma, tened paciencia! No os digo que si el muchacho se levanta, Simón ha de arder; porque si lo digo, lo haréis. El pueblo clamó: Contra tu voluntad, Pedro, lo haremos. A quien Pedro dijo: Si perseveráis en este propósito, el muchacho no se levantará: porque nosotros no sabemos devolver mal por mal, sino que hemos aprendido a amar a nuestros enemigos y a orar por nuestros perseguidores. Pues si también este hombre puede arrepentirse, mejor sería; porque Dios no recordará el mal. Que venga, pues, a la luz de Cristo; mas si no puede, que posea la parte de su padre el diablo, pero que no se manchen vuestras manos. Y habiendo hablado así al pueblo, se dirigió al muchacho, y antes de levantarlo, dijo a su madre: Estos jóvenes a quienes has liberado en honor de tu hijo pueden aun así servir a su Dios cuando él viva, siendo libres; porque sé que el alma de algunos se dolerá si ven a tu hijo levantarse y saben que ellos han de quedar todavía en

servidumbre: mas que todos continúen libres y reciban su sustento como antes, pues tu hijo está a punto de resucitar; y que estén con él. Y Pedro la miró largamente, para conocer sus pensamientos. Y la madre del muchacho dijo: ¿Qué otra cosa puedo hacer? Por eso digo ante el prefecto: cuanto tenía pensado quemar sobre el cuerpo de mi hijo, que ellos lo posean. Y Pedro dijo: Que el resto se reparta entre las viudas. Entonces Pedro se regocijó en el alma y dijo en espíritu: Oh Señor misericordioso, Jesucristo, muéstrate a tu Pedro que te invoca, así como siempre le has mostrado misericordia y benignidad: y en presencia de todos estos que han alcanzado la libertad, para que se hagan tus siervos, que Nicóstrato se levante ahora. Y Pedro tocó el costado del muchacho y dijo: Levántate. Y el muchacho se levantó y se quitó las vestiduras de sepultura y se sentó, y soltó su quijada, y pidió otras ropas; y bajó del féretro y dijo a Pedro: Te ruego, oh hombre de Dios, que vayamos a nuestro Señor Cristo, a quien vi hablando conmigo; el cual también me mostró a ti y te dijo: «Tráemelo aquí, porque es mío.» Y cuando Pedro oyó esto del muchacho, se sintió aún más fortalecido en el alma por la ayuda del Señor; y Pedro dijo al pueblo: Varones de Roma, así es como los muertos son resucitados, así hablan, así se levantan y andan, y viven tanto tiempo como Dios quiere. Ahora, pues, vosotros que os habéis reunido para presenciar esto, si no os apartáis de estos vuestros malos caminos, y de todos vuestros dioses hechos con manos, y de toda inmundicia y concupiscencia, <pereceréis para siempre: convertíos, pues, y> recibid comunión con Cristo, creyendo, para que alcancéis la vida eterna.

LA CAÍDA DE SIMÓN

XXIX. Y en la misma hora lo adoraron como a un dios, postrándose a sus pies, y <trajeron> a los enfermos que tenían en casa, para que los sanase.

Mas el prefecto, viendo que tan gran multitud esperaba a Pedro, le indicó que se retirase: y Pedro dijo al pueblo que fuese a casa de Marcelo. Pero la madre del muchacho suplicó a Pedro que pusiese los pies en su casa. Mas Pedro había concertado estar con Marcelo el día del Señor, para ver a las viudas, tal como Marcelo había prometido, y servir las con sus propias manos. El muchacho, pues, que había resucitado, dijo: No me aparto de Pedro. Y su madre, gozosa y alegre, se fue a su propia casa. Y al día siguiente del sábado vino a casa de Marcelo trayendo a Pedro dos mil piezas de oro, y diciéndole: Reparte esto entre las vírgenes de Cristo que le sirven. Mas el muchacho que había resucitado de entre los muertos, al ver que ella no había dado nada a nadie más, fue a su casa y abrió el arca, y él mismo ofreció cuatro mil piezas de oro, diciendo a Pedro: He aquí que yo también, que fui resucitado, ofrezco una ofrenda doble, y a mí mismo, desde hoy en adelante, como un sacrificio que habla para Dios.

Aquí comienza el texto griego original tal como se conserva en uno de nuestros dos manuscritos (el del Monte Athos). El segundo manuscrito (el de Patmos) comienza, como las versiones, en el capítulo XXXIII. En la traducción se sigue el griego y no el latín.

XXX. Y como en el día del Señor Pedro discurriese a los hermanos y los exhortase a la fe de Cristo, estando presentes muchos del senado, y muchos caballeros, y mujeres ricas y matronas, y siendo confirmados en la fe, una mujer que estaba allí, sobremanera rica, a quien llamaban por sobrenombre Crise, porque todos sus vasos eran de oro —pues desde su nacimiento nunca usó vaso de plata ni de vidrio, sino solo de oro—, dijo a Pedro: Pedro, siervo de Dios, aquel a quien tú llamas Dios se me apareció en sueños y me dijo: Crise, lleva a Pedro, mi ministro, diez mil piezas de oro; porque se las debes. Las he traído, pues, temiendo que me hiciese algún daño aquel que se me apareció, el cual también partió al cielo. Y diciendo esto, depositó el dinero y se fue. Y Pedro, viéndolo, glorificó al Señor, porque los necesitados serían aliviados. Algunos, pues, de los que allí estaban le dijeron: Pedro, ¿no has obrado mal al recibir su dinero? Porque de ella se habla mal por toda Roma a causa de su fornicación, y porque no se guarda para un solo marido, sino que aun tiene trato con los jóvenes de su casa. No seas, pues, partícipe de la mesa de Crise, sino que se le devuelva lo que de ella vino. Mas Pedro, al oírlo, se rio y dijo a los hermanos: Lo que esta mujer sea en el resto de su vida, no lo sé, pero en cuanto a haber recibido este dinero, no obré neciamente; porque ella lo pagó como deudora de Cristo, y lo da a los siervos de Cristo: pues él mismo provee para ellos.

XXXI. Y le trajeron también a los enfermos en el sábado, suplicando que sanasen de sus dolencias. Y muchos fueron sanados que padecían de parálisis, y de gota, y de fiebres tercianas y quartanas, y de toda enfermedad del cuerpo fueron sanados, creyendo en el nombre de Jesucristo, y muy muchos eran añadidos cada día a la gracia del Señor.

Mas Simón el mago, pasados unos pocos días, prometió a la multitud convencer a Pedro de que no creía en el Dios verdadero, sino que estaba engañado. Y cuando hizo muchos prodigios engañosos, los que eran firmes en la fe se burlaban de él. Porque en los triclinios hacía entrar ciertos espíritus, que eran solo apariencias, y no existían en verdad. ¿Y qué más he de decir? Aunque muchas

veces había sido convicto de hechicería, hacía que los cojos parecieran sanos por un breve espacio, e igualmente los ciegos, y una vez pareció hacer que muchos muertos vivieran y se movieran, como hizo con Nicóstrato (gr. Estratónico). Pero Pedro lo seguía por todas partes y lo convencía siempre ante los espectadores: y cuando ya hacía triste figura y era escarnecido por el pueblo de Roma, y descreído porque nunca lograba las cosas que prometía hacer, hallándose por fin en tal apuro, les dijo: Varones de Roma, pensáis ahora que Pedro ha prevalecido sobre mí, como más poderoso, y le prestáis más atención: estáis engañados. Porque mañana os abandonaré, impíos y sin Dios que sois, y volaré hacia arriba, hacia Dios, cuyo Poder soy, aunque me he vuelto débil. Así pues, vosotros habéis caído, mas yo soy el que permanece en pie, y subiré a mi Padre y le diré: A mí también, a tu hijo que permanece en pie, han querido derribarme; mas yo no consentí con ellos, y he vuelto a mí mismo.

XXXII. Y ya al día siguiente se reunió una gran multitud en la vía Sacra para verlo volar. Y Pedro vino al lugar, habiendo tenido una visión (o bien: para ver el espectáculo), a fin de convencerlo también en esto; porque cuando Simón entró en Roma, asombró a las multitudes volando: mas Pedro, que lo había de convencer, no vivía entonces todavía en Roma: ciudad que él así engañó con su ilusión, de modo que algunos fueron arrebatados por él (asombrados de él).

Así, pues, este hombre, de pie en un lugar alto, vio a Pedro y comenzó a decir: Pedro, en este momento en que voy a subir ante todo este pueblo que me contempla, te digo: Si tu Dios es capaz, a quien los judíos dieron muerte, y apedrearon a los que fueron elegidos por él, que muestre que la fe en él es fe en Dios, y que aparezca ahora, si es digno de Dios. Porque yo, subiendo, me mostraré a toda esta multitud, quién soy. Y he aquí que, cuando fue elevado en alto, y todos lo vieron alzado por encima de toda Roma, y de sus templos, y de los montes, los fieles miraron hacia Pedro. Y Pedro, viendo lo extraño del espectáculo, clamó al Señor Jesucristo: Si permites que este hombre lleve a cabo lo que se ha propuesto, ahora todos los que han creído en ti se escandalizarán, y no se

creerán las señales y prodigios que les has dado por medio de mí: apresura tu gracia, oh Señor, y que caiga de la altura y quede tullido; y que no muera, sino que quede deshecho, y se rompa la pierna en tres partes. Y cayó de la altura y se rompió la pierna en tres partes. Entonces todos le arrojaron piedras y se fueron cada uno a su casa, y desde entonces creyeron en Pedro.

Mas uno de los amigos de Simón, por nombre Gemelo, de quien Simón había recibido mucho dinero, y que tenía por mujer a una griega, vino aprisa del camino (o bien: llegó de un viaje), y lo vio con la pierna rota, y dijo: Oh Simón, si el Poder de Dios está hecho pedazos, ¿no quedará también ciego ese Dios cuyo Poder tú eres? Gemelo, pues, corrió también y siguió a Pedro, diciéndole: Yo también quisiera ser de los que creen en Cristo. Y Pedro dijo: ¿Hay quien se lo tome a mal, hermano mío? Ven y siéntate con nosotros.

Pero Simón, en su aflicción, halló quien lo llevase de noche en un lecho desde Roma hasta Aricia; y allí estuvo algún tiempo, y de allí fue llevado a Terracina, a casa de un tal Castor, que había sido desterrado de Roma bajo acusación de hechicería. Y allí fue duramente operado (lat. por dos médicos), y así Satanás llegó a su fin.

EL MARTIRIO DE PEDRO

[Aquí comienza propiamente el Martirio en el manuscrito de Patmos y en las versiones.]

XXXIII. Estaba, pues, Pedro en Roma, regocijándose en el Señor con los hermanos, y dando gracias noche y día por la multitud que cada día era traída al santo nombre por la gracia del Señor. Y se congregaron también junto a Pedro las concubinas de Agripa el prefecto, que eran cuatro: Agripina, Nicaria, Eufemia y Doris; y ellas, oyendo la palabra acerca de la castidad y todos los oráculos del Señor, fueron heridas en sus almas, y, poniéndose de acuerdo para permanecer puras del lecho de Agripa, fueron vejadas por él.

Y como Agripa estuviese perplejo y afligido por ellas —pues las amaba en gran manera—, las observó y envió hombres en secreto a ver adónde iban, y halló que iban donde Pedro. Les dijo, pues, cuando volvieron: Ese cristiano os ha enseñado a no tener trato conmigo: sabed que os destruiré a vosotras, y a él lo quemaré vivo. Ellas, pues, sufrieron toda clase de mal a manos de Agripa, con tal de no padecer la pasión del amor, fortalecidas por el poder de Jesús.

XXXIV. Y una cierta mujer, sobremanera hermosa, esposa de Albino, amigo de César, por nombre Jantipa, vino también ella a Pedro, con el resto de las matronas, y se apartó también ella de Albino. Este, pues, enloquecido, y amando a Jantipa, y maravillándose de que ella no quisiera ni siquiera dormir en el mismo lecho con él, se enfureció como una fiera y habría querido matar a Pedro; porque sabía que él era la causa de que se apartase

de su lecho. Muchas otras mujeres también, amando la palabra de la castidad, se apartaron de sus maridos, porque deseaban que estos adorasen a Dios con sobriedad y pureza. Y como hubiese gran alboroto en Roma, Albino dio a conocer su estado a Agripa, diciéndole: O bien véngame tú de Pedro, que me ha apartado a mi mujer, o yo mismo me vengaré. Y Agripa dijo: Lo mismo he padecido yo a manos de él, pues me ha apartado a mis concubinas. Y Albino le dijo: ¿Por qué, pues, te demoras, Agripa? Busquémosle y démosle muerte por practicante de artes extrañas, para que recobremos a nuestras mujeres, y vengemos también a los que no pueden darle muerte, a quienes también les ha apartado a sus mujeres.

XXXV. Y mientras consideraban estas cosas, Jantipa tuvo conocimiento del plan de su marido con Agripa, y mandó aviso a Pedro, para que se apartase de Roma. Y el resto de los hermanos, junto con Marcelo, le suplicaron que se apartase. Mas Pedro les dijo: ¿Seremos, hermanos, unos fugitivos? Y ellos le dijeron: No, sino para que aún puedas servir al Señor. Y él obedeció la voz de los hermanos y salió solo, diciendo: Que ninguno de vosotros venga conmigo, sino que yo saldré solo, habiendo cambiado el modo de mi vestido. Y al salir de la ciudad, vio al Señor que entraba en Roma. Y al verlo, le dijo: Señor, ¿adónde vas así (o: aquí)? Y el Señor le dijo: Voy a Roma a ser crucificado. Y Pedro le dijo: Señor, ¿eres tú (estás) crucificado otra vez? Él le dijo: Sí, Pedro, soy (estoy) crucificado otra vez. Y Pedro volvió en sí: y, habiendo visto al Señor subir al cielo, regresó a Roma, gozoso y glorificando al Señor, porque había dicho: Soy crucificado; lo cual estaba a punto de suceder a Pedro.

XXXVI. Subió, pues, otra vez adonde estaban los hermanos, y les contó lo que había visto: y ellos se lamentaron en el alma, llorando y diciendo: Te suplicamos, Pedro, que pienses en nosotros que somos jóvenes. Y Pedro les dijo: Si es voluntad del Señor, se cumple, aunque nosotros no lo queramos; mas a vosotros, el Señor es capaz de afirmaros en su fe, y os fundará en ella, y os hará extenderos, a vosotros a quienes él mismo ha plantado, para que también vosotros podáis plantar a otros por medio de él. Mas yo, mientras el Señor

quiera que esté en la carne, no resisto; y también, si me lleva a él, me alegro y me regocijo.

Y mientras Pedro hablaba así, y todos los hermanos lloraban, he aquí que cuatro soldados lo prendieron y lo llevaron ante Agripa. Y este, en su locura (enfermedad), mandó que fuese crucificado bajo acusación de impiedad.

Corrió, pues, junto toda la multitud de los hermanos, ricos y pobres, huérfanos y viudas, débiles y fuertes, deseando ver y rescatar a Pedro, mientras el pueblo clamaba a una voz, y no se dejaba acallar: ¿Qué mal ha hecho Pedro, oh Agripa? ¿En qué te ha ofendido? ¡Dilo a los romanos! Y otros decían: Tememos que, si este hombre muere, su Señor nos destruya a todos.

Y Pedro, cuando llegó al lugar, calmó al pueblo y dijo: ¡Varones, soldados de Cristo! ¡Varones que esperáis en Cristo! Recordad las señales y prodigios que habéis visto obrados por medio de mí, recordad la compasión de Dios, cuántas curaciones ha obrado para vosotros. Aguardad a aquel que viene y recompensará a cada uno según sus obras. Y ahora, no os amarguéis contra Agripa; porque él es ministro de la obra de su padre. Y esto sucede en todo caso, pues el Señor me ha manifestado lo que ha de acontecer. Mas ¿por qué me demoro y no me acerco a la cruz?

XXXVII. Y habiéndose acercado, y estando de pie junto a la cruz, comenzó a decir: ¡Oh nombre de la cruz, oculto misterio! ¡Oh gracia inefable que se pronuncia en el nombre de la cruz! ¡Oh naturaleza del hombre, que no puede separarse de Dios! ¡Oh amor (amistad) indecible e inseparable, que no puede mostrarse con labios impuros! Ahora te tomo, yo que estoy al final de mi partida de aquí (o bien: de mi llegada aquí). Te declararé lo que eres: no callaré el misterio de la cruz, que antaño estuvo cerrado y oculto a mi alma. No sea para vosotros, los que esperáis en Cristo, la cruz esto que aparece: pues es otra cosa, distinta de lo que aparece, esta pasión que es conforme a la de Cristo. Y ahora, sobre todo, porque vosotros que podéis oír sois capaces de oírlo de mí, que estoy en la última y postrera hora de mi vida, escuchad: separad vuestras almas de todo

lo que es de los sentidos, de todo lo que aparece y no existe en verdad. Cegad estos vuestros ojos, cerrad estos vuestros oídos, apartad vuestras obras que se ven; y percibiréis lo que concierne a Cristo, y todo el misterio de vuestra salvación: y sea esto dicho a vosotros que oís, como si no se hubiera dicho. Mas ahora es tiempo, Pedro, de que entregues tu cuerpo a los que lo toman. Recibidlo, pues, vosotros a quienes pertenece. Os ruego a vosotros, verdugos, que me crucifiquéis así, cabeza abajo y no de otro modo: y la razón, os la diré a los que escucháis.

XXXVIII. Y cuando lo hubieron colgado de la manera que él deseaba, comenzó de nuevo a decir: Varones a quienes corresponde oír, escuchad lo que os declararé en este momento especial mientras cuelgo aquí. Aprended el misterio de toda la naturaleza, y el principio de todas las cosas, cuál fue. Porque el primer hombre, cuya raza llevo en mi apariencia (o bien: de cuya raza llevo la semejanza), cayó (fue llevado) cabeza abajo, y mostró una manera de nacimiento tal como no

hasta entonces: pues estaba muerta, sin tener movimiento. Él, entonces, siendo derribado —el cual también arrojó su primer estado sobre la tierra—, estableció toda esta disposición de todas las cosas, quedando colgado como imagen de la creación (gr. vocación), en la cual hizo de las cosas de la mano derecha, mano izquierda, y de las de la mano izquierda, mano derecha, y cambió todas las señales de su naturaleza, de modo que tuvo por hermosas las cosas que no eran hermosas, y por buenas las que en verdad eran malas. Acerca de lo cual dice el Señor en un misterio: A menos que hagáis de las cosas de la derecha como las de la izquierda, y las de la izquierda como las de la derecha, y las de arriba como las de abajo, y las de detrás como las de delante, no tendréis conocimiento del reino.

Este pensamiento, pues, os he declarado; y la figura en que ahora me veis colgar es la representación de aquel hombre que primero vino a nacer. Vosotros, pues, amados míos, y los que me oís y los que habéis de oír, debéis cesar de vuestro antiguo error y volver de nuevo. Porque es justo subir a la cruz de Cristo, que es el Verbo

extendido, el uno y único, de quien dice el espíritu: ¿Pues qué otra cosa es Cristo, sino el Verbo, el sonido de Dios? De modo que el Verbo es el madero vertical en que soy crucificado. Y el sonido es lo que lo atraviesa, la naturaleza del hombre. Y el clavo que sujeta el travesaño al madero vertical en medio de él es la conversión y el arrepentimiento del hombre.

EL DISCURSO EN LA CRUZ

XXXIX. Y puesto que tú me has dado a conocer y revelado estas cosas, oh Verbo de vida, llamado ahora por mí madero (o bien, Verbo llamado ahora por mí árbol de vida), te doy gracias, no con estos labios que están clavados en la cruz, ni con esta lengua por la que salen la verdad y la mentira, ni con esta palabra que sale por medio de un órgano cuya naturaleza es material, sino que con aquella voz te doy gracias, oh Rey, la cual se percibe (se entiende) en silencio, que no se oye abiertamente, que no procede por los órganos del cuerpo, que no entra en oídos de carne, que no es oída de sustancia corruptible, que no existe en el mundo, ni es enviada sobre la tierra, ni escrita en libros, que es poseída por uno y no por otro: sino con esta, oh Jesucristo, te doy gracias, con el silencio de una voz, con la cual el espíritu que está en mí te ama, te habla, te ve y te suplica. Tú eres percibido solo del espíritu, tú eres para mí padre, tú mi madre, tú mi hermano, tú mi amigo, tú mi siervo, tú mi mayordomo: tú eres el Todo y el Todo está en ti; y tú ERES, y no hay ninguna otra cosa que SEA sino tú solo.

A él, pues, huid también vosotros, hermanos, y si aprendéis que solo en él existís, obtendréis aquellas cosas de las que él os dice: «las cuales ni ojo vio ni oído oyó, ni han entrado en el corazón del hombre». Te pedimos, pues, aquello que has prometido darnos, oh tú, Jesús inmaculado. Te alabamos, te damos gracias y te confesamos, glorificándote, nosotros los hombres que aún estamos sin fuerza, porque tú eres Dios solo, y ningún otro: a quien sea la gloria ahora y por todos los siglos. Amén.

XL. Y cuando la multitud que estaba presente pronunció el Amén con gran sonido, junto con el Amén, Pedro entregó su espíritu al Señor.

Y Marcelo, sin pedir licencia a nadie, pues no era posible, cuando vio que Pedro había entregado el espíritu, lo bajó de la cruz con sus propias manos y lo lavó con leche y vino: y cortó finamente siete minas de almáciga, y de mirra y áloe y hoja índica otras cincuenta, y perfumó (embalsamó) su cuerpo y llenó un ataúd de mármol de gran precio con miel ática, y lo puso en su propia tumba.

Pero Pedro se apareció de noche a Marcelo, y le dijo: Marcelo, ¿has oído que el Señor dice: Deja que los muertos entierren a sus propios muertos? Y cuando Marcelo dijo: Sí, Pedro le dijo: Eso, pues, que has gastado en el muerto, lo has perdido: porque tú, estando vivo, como un muerto has cuidado de los muertos. Y Marcelo despertó y contó a los hermanos la aparición de Pedro: y estuvo con aquellos que habían sido confirmados en la fe de Cristo por Pedro, siendo también él mismo confirmado aún más, hasta la venida de Pablo a Roma.

XLI. [Este último capítulo, y la última frase del XL, son considerados por Vouaux como una adición del autor de i-iii, es decir, del compilador del original griego de los Hechos de Vercelli.]

Pero Nerón, al saber después que Pedro había partido de esta vida, culpó al prefecto Agripa, porque había sido dado muerte sin su conocimiento; pues deseaba castigarlo más duramente y con mayor tormento, porque Pedro había hecho discípulos a algunos de los que le servían, y los había hecho apartarse de él: de modo que estaba muy airado y por largo tiempo no habló a Agripa: porque buscaba destruir a todos los que habían sido hechos discípulos por Pedro. Y vio de noche a uno que lo azotaba, y le dijo: Nerón, no puedes ahora perseguir ni destruir a los siervos de Cristo: aparta, pues, tus manos de ellos. Y así Nerón, grandemente atemorizado por tal visión, se abstuvo de hacer daño a los discípulos en aquel tiempo en que también Pedro partió de esta vida.

Y desde entonces los hermanos se regocijaban con un mismo ánimo y se alegraban en el Señor, glorificando a Dios y Salvador (¿Padre?) de nuestro Señor Jesucristo con el Espíritu Santo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB